

EL TIEMPO NO VUELVE ATRAS

LOUIS G. MILK

El tiempo no vuelve atrás

LOUIS G. MILK

El tiempo no vuelve atrás

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián
Álvarez, 151
BARCELONA
BUENOS AIRES

Portada: C. PRUNES

Depósito Legal: B. 35.511-1971

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

Avanzó cautelosamente a lo largo de lo que antaño había sido populosa calle y ahora sólo, era un montón de hediondas ruinas. Los hierbajos crecían por todas partes y en algunos puntos, casi ocultaban las pequeñas montañas de escombros que habían quedado tras la Gran Destrucción.

Era preciso tener los ojos bien abiertos. Dan Barr sabía que habían quedado algunos supervivientes tras la catástrofe, pero la ruina y la desolación se habían extendido sobre la faz del planeta y la humanidad se hallaba ahora en una fase regresiva, habiendo vuelto a los métodos de la Edad de Piedra, cuando el hombre, simplemente, se preocupaba tan sólo por sobrevivir.

Pero en la Edad de Piedra, el hombre no disponía más que de armas rudimentarias: hachas y lanzas de sílex. Y, generalmente, si no se invadía su territorio, el hombre primitivo no atacaba a otro congénere.

Ahora era bastante distinto. Había algo más que hachas y lanzas de piedra: el fusil semiautomático que llevaba en las manos era una buena prueba de ello.

Un gran autobús se oxidaba lentamente en medio de las ruinas. Tras el volante, la calavera del conductor sonreía con macabra desvergüenza. Barr estaba ya acostumbrado a espectáculos semejantes.

Recordaba la ciudad como un emporio de civilización, de los negocios, de las artes, de los placeres... Ahora sólo había silencio y escombros y hierbas silvestres que crecían libremente por todas partes.

De pronto entró en un sector que parecía algo más respetado que otras partes de la ciudad. Los automóviles yacían estacionados junto a las aceras, con los neumáticos vacíos y las llantas en el suelo. En muchos de ellos se veían aún los esqueletos de sus ocupantes.

Los rótulos de las tiendas y otros establecimientos se conservaban en parte. Barr fue caminando despacio hasta encontrar

un supermercado.

Entró en el local. El suelo estaba lleno de polvo y había muchas telarañas. ¿Quién había predicho una vez que los insectos sobrevivirían al hombre?, se preguntó, con amarga ironía.

Pero en la tienda había cosas que necesitaba: las conservas podían aguantar muchos años. Eligió unas cuantas latas y las arrojó a su mochila. También encontró café y envases herméticos que contenían sal y azúcar.

Buscó, y también halló, tabaco y fósforos. Encendió un cigarrillo y aspiró el humo complacidamente. Ahora, se dijo, tenía que buscar ropas.

El verano llegaba a su final. Era preciso que los fríos le encontrasen prevenido.

Pasó junto a la estantería de los licores. Sintió la tentación de tomar una botella, pero rechazó la idea en el acto. En aquellas circunstancias, una mente clara y un ojo despierto valían infinitamente más que el momentáneo placer de un par de tragos.

Al salir, bien fuese por casualidad o tal vez por restos de viejos hábitos aún no olvidados del todo, pasó junto a la caja. La registradora estaba cubierta de polvo. El índice de su mano derecha golpeó displicentemente la tecla de apertura y el cajón salió disparado tras el clásico timbrazo.

Había billetes ya mohosos y monedas de pequeña denominación. Barr tomó unos cuantos billetes y los lanzó al aire, recreándose en verlos caer al suelo revoloteando.

— Dinero, ¡bah! ¿De qué sirve eso hoy día? — exclamó.

A veces hablaba en voz alta, aunque fuese consigo mismo, para no perder el hábito. ¿Cuánto tiempo había pasado ya desde la Gran Destrucción? ¿Semanas? ¿Meses? ¿Años?

Se acomodó la mochila a la espalda y buscó la salida. Era preciso ir a la tienda de ropas. No lejos de allí, había habido una en tiempos y…

La bala pegó súbitamente en el marco de la puerta y rebotó con estremecedor chillido. El estampido del arma se oyó apenas una fracción de segundo más tarde.

Barr reaccionó con inusitada rapidez y saltó a un lado, ocultándose tras la pared. El disparo no le había sorprendido por completo; casi le extrañaba no haber sido atacado mucho antes.

Asomó la cabeza cautelosamente y exploró el tétrico panorama de la ciudad en ruinas. De una cosa estaba seguro: tendría que defenderse despiadadamente, sin pensar más que en su propia vida.

En resumen, no le quedaba otra opción que matar para vivir.

* * *

Un terrible chorro de balas irrumpió bruscamente a través de la abertura. Barr se quedó atónito: sus atacantes empleaban una ametralladora pesada.

— No se privan de nada — masculló.

Dio unos cuantos pasos hacia su derecha y se arrodilló tras lo que antaño había sido un escaparate bien surtido. Ahora no había más que polvo y restos corrompidos de artículos.

La ametralladora disparó de nuevo. Barr la localizó bien pronto: estaba en la cima de un montículo de escombros, haciendo fuego a través de la improvisada aspillera formada al partirse un antiguo friso de piedra. A derecha e izquierda del montón de escombros, dos hombres corrían en zigzag hacia él, sintiéndose protegidos por el fuego de la máquina.

Barr tomó puntería y disparó tres veces muy seguidas. El sujeto más próximo corrió cuatro o cinco pasos todavía antes de desplomarse fulminado.

Su compañero se tiró al suelo en el acto y tanto su fusil como la ametralladora dispararon encarnizadamente contra el escaparate. Pero Barr ya no estaba allí.

Había buscado otra posición, no menos ventajosa. El segundo atacante se levantó, corrió una docena de pasos y se encontró en el camino con dos balas que le destrozaron el pecho.

Súbitamente, Barr oyó un bronco estruendo en lo alto de los escombros. La ametralladora saltó por los aires, junto con el tirador. Una ráfaga de viento arrastró pronto el humo y el polvo producidos por la explosión de lo que Barr juzgó una bomba de mano.

Alguien gritó desde el otro lado de las ruinas:

— ¡Eh, usted, no tire! ¡Venimos en son de paz!

Barr se situó junto a la puerta.

— Si es así, vengan con las manos en alto — contestó—. Pero no intenten ningún truco o tiraré a matar.

— No habrá trucos, amigo — contestó el mismo individuo, quien, en compañía de otro, se hizo visible casi en el acto.

Receloso, Barr continuó en el mismo lugar durante algunos minutos. Los desconocidos iban armados, pero sus fusiles pendían de los hombros con el cañón hacia abajo. Barr salió fuera de la casa.

— Bien venidos... si llegan en son de paz — saludó.

— Ése es nuestro propósito — dijo el de más edad de los dos —. Soy el comisario Ruiz. Mi compañero, el inspector Vince, a quien usted ya conoce, creo.

Barr levantó las cejas irónicamente.

— No me digan que los servicios de la ciudad se reorganizan y que lo primero que han hecho ha sido poner la policía en funcionamiento — exclamó.

Ruiz meneó la cabeza.

— Ésos eran nuestros títulos profesionales antes de la destrucción — contestó —. Pero ya no hay Policía ni nada que se le parezca.

— Sin embargo, han atacado al tipo de la ametralladora.

— Cuando tres hombres se reúnen para atacar a otro, juzgamos que el atacado suele ser buena persona— explicó Vince—. De lo contrario, tratarían de entablar relaciones con él y no lo hacen. Entonces, actuamos implacablemente.

— ¿En nombre de qué ley? — preguntó Barr, asombrado.

— No hay ley — repuso Ruiz—. Pero sí queremos que vuelva a imperar la decencia y la honradez, doctor Barr.

— Celebramos mucho que no le haya ocurrido nada — añadió Vince.

— Yo también—Sonrió Barr—. Y gracias por esa oportuna bombita de mano.

— Se lo merecía — declaró Ruiz escuetamente —. Bien, ahora le explicaremos los motivos de nuestra ayuda, doctor.

— Tratamos de reorganizarnos, de vivir otra vez como seres humanos, en comunidad, colaborando en las tareas de reconstrucción y con el propósito de rehacer la civilización — agregó el inspector.

— No somos los únicos que buscamos miembros huevos para nuestra comunidad — manifestó Ruiz —.

Ya nos hemos reunido unas quinientas personas y todos estamos de acuerdo en que es preciso hacer algo mejor que vivir como salvajes.

— Hemos fundado una ciudad, que se llamará Esperanza. Fuera de las ruinas, por supuesto, y con edificios que apenas si merecen el nombre de tales. Por el momento, nos limitamos a poco más que a cultivar la tierra y a criar animales domésticos. Para los pocos niños que sobrevivieron, tenemos algunos profesores. Hay abundancia de libros en las ruinas y estamos procurando que no se pierda el saber humano.

— Una idea muy elogiable — aprobó Barr—. Pero, díganme, ¿han intentado entablar comunicación con otros núcleos humanos? Tiene que haber más supervivientes en la redondez del planeta.

— Por ahora, no disponemos de ningún transmisor de radio. Claro que tampoco nos hemos preocupado demasiado de ello —

dijo Ruiz—. De momento, lo que interesa es consolidar nuestra situación. Más adelante…

Dejó la frase sin concluir. Barr hizo un gesto de asentimiento.

— Comprendo — dijo —. ¿Dónde está Esperanza?

— A unos doce kilómetros hacia el sur, no lejos del río. Disponer de agua en todo momento es vital — contestó Vince.

Barr reflexionó unos momentos.

Luego dijo:

— Quizá vaya un día allí. Hoy, de momento, prefiero permanecer libre, aunque no por ello agradezco menos su oferta.

— Nos gustaría tenerle entre nosotros, doctor Barr — manifestó Vince.

— Un hombre como usted sería muy valioso para nuestra comunidad — agregó Ruiz.

Barr le miró sorprendido y dijo:

— Parece que usted sabe mucho de mí.

— Su nombre empezaba a sonar cuando ocurrió la catástrofe — contestó Ruiz—. El inspector Vince me ha hablado de usted.

— Sí, pero lo que sonó de veras fue otra cosa — masculló el joven—. Bien, repito que algún día iré por allí. Ahora estoy empeñado en otra labor… pero habrán de permitirme que no sea más explícito por el momento.

Ruiz y Vince se mostraron decepcionados, aunque, corteses, no insistieron más. Estrecharon la mano de Barr y dieron media vuelta.

Barr se marchó en dirección opuesta, pensando concentradamente en lo que acababa de escuchar. No era mala idea tratar de reconstruir la civilización… pero ¿no volverían también los malos hábitos? La codicia, las rencillas, la ambición, el odio, el orgullo…

— ¡Qué poco confío en la humanidad! —se dijo amargamente.

Llegó al final de la calle y se encontró ante una gran plaza circular, que era más bien un colosal amontonamiento de extremos por los bordes. La tienda de ropas, creía recordar, se hallaba al otro lado.

En el centro de la plaza divisó un extraño monumento.

Barr se detuvo en seco. Alguien había tenido la humorada de apilar unas cuantas piedras, sobre las que había colocado una tabla de grandes dimensiones. En la madera, pintado con apresurados caracteres, alguno de los cuales aparecían medio borrados por el viento y la lluvia, se leía una extraña inscripción:

DEDICADO

AL PROFESOR IVDOR.

¡MALDITO, MALDITO, MALDITO SEA
POR TODA LA ETERNIDAD!

CAPÍTULO II

La nave se balanceaba suavemente en el espacio, siguiendo los compases de la suave música que llegaba desde las profundidades del Universo. En su interior, el único ocupante, su piloto, lánguidamente reclinado en una cómoda hamaca, con los ojos entrecerrados, escuchaba el concierto con toda atención, despreocupándose de cuanto sucedía a su alrededor.

Al piloto le gustaba la misión que le había sido asignada. Durante un tiempo, gozaría de la soledad y podría cultivar su mente. Los últimos tiempos habían sido muy excitantes. La obtención de su título de explorador galáctico, por el que tanto había luchado, no había tenido tarea fácil.

Ahora, conseguido el objetivo y en misión oficial, trataba de recobrar la calma perdida en aquel largo período de concentrado trabajo. Era maravillosa la libre soledad de los espacios infinitos.

De súbito, la música cesó. Un leve campanilleo atrajo su atención.

El piloto abandonó la hamaca de un salto y se acercó al cuadro de mandos. Presionó un botón, lo que significaba: «Listo para recepción».

Una pantalla se iluminó ante sus ojos. La pantalla tenía forma de paralelogramo y medía casi un metro de largo por cuarenta centímetros de anchura.

El mensaje surgió casi en el acto:

> *Percibidas señales de gran catástrofe planetaria en sector Z-A-6-7-0-1. Investigue e informe. De acuerdo con sus atribuciones procurará evitar extensión catástrofe. Si lo juzga conveniente, se quedará el tiempo necesario para ayudar a los damnificados en su reconstrucción. Se le concede máxima autoridad para resolver mejor procedimiento a emplear para ejecución su misión. Grabe mensaje y acuse recibo. Fin.*

El índice del piloto se apoyó sobre otra tecla. Una señal partió instantáneamente de su emisor. Cuando fuese captada, el autor del

mensaje sabría que lo había recibido, comprendido y grabado para ulteriores consultas.

Acto seguido, el piloto manejó la computadora de posiciones de cuerpos celestes. Momentos más tarde, la máquina le dio una respuesta, gráfica y escrita.

La gráfica consistía en el diagrama de un sistema planetario, con una estrella y varios cuerpos celestes orbitando a su alrededor. La respuesta escrita contenía datos más precisos sobre la situación del cuerpo celeste denominado Z-A-6-7-0-1.

Una vez los datos en su poder, el piloto los comunicó a la computadora directriz de rumbos. La nave se orientó automáticamente y, mientras los aparatos funcionaban por sí solos, el piloto hizo una consulta acerca del tiempo que tardaría en llegar a su objetivo.

La respuesta le satisfizo. El objetivo estaba más cerca de lo que había supuesto.

Con gesto maquinal, elevó las manos y se atusó su frondosa cabellera rubia. Luego empezó a pensar en el indumento que mejor sentaría a su color de pelo, a su cara y a su tipo.

Si encontraba supervivientes, quería estar bien guapa en el momento de entablar el primer contacto.

* * *

El montón de ruinas estaba al pie de una colina de suaves laderas. Con el ceño fruncido, Barr contempló los restos del edificio.

— Es evidente que ha pasado ya demasiado tiempo— murmuró —. Además, el propio Ivdor estaba en el centro de la catástrofe. Tuvo que quedar pulverizado.

Por los intersticios asomaban restos metálicos. Ni siquiera con una pala mecánica podría conseguirse nada positivo, aunque lo revolviese todo hasta los cimientos.

— Si es que quedaron cimientos — masculló.

De súbito, percibió un ligero movimiento en unos arbustos próximos. Descolgó el fusil, quitó el seguro y esperó.

El conejo salió disparado. La bala fue mucho más rápida y lo hizo dar una voltereta en el aire.

— Bueno — dijo Barr alegremente—, ya tengo cena.

No lejos de aquel lugar corría un arroyo de frescas aguas. Barr decidió establecer el campamento cerca de la orilla.

— En medio de todo, el invento del profesor tuvo una cosa buena: no era contaminante — murmuró, mientras daba comienzo a la apasionante tarea de despellejar el roedor—. Y como hemos

quedado seres humanos, los animales se han multiplicado que es un contento.

Minutos más tarde y aunque no era de noche ni mucho menos, ya tenía el fuego encendido. Barr había vuelto a la sana costumbre de comer cuando tenía apetito.

Atravesó el conejo, convenientemente limpio, en una rama verde, que colocó sobre otras dos situadas a ambos lados del fuego, rematadas en sendas horquillas naturales. Se relamió pensando en el banquete que iba a darse.

— Lástima no tener un poco de pan — se dijo.

Pero ya nadie cultivaba el trigo. Sin embargo, confió en que en la comunidad de Esperanza alguien empezase a hacerlo pronto. El trigo había sido el rey de los alimentos de la humanidad y en cuanto hubiese ocasión, no faltarían quienes se ocupasen de que amarilleasen los trigales.

Poco antes de atardecer, el conejo quedó listo. Barr lo puso sobre unas hojas limpias, sacó la sal y se dispuso a empezar la cena.

Entonces fue cuando oyó un débil chirrido no lejos del lugar en que se hallaba.

Frunció el ceño. Era un sonido enteramente nuevo para él.

El chirrido se repitió, ahora más cerca. Alarmado, Barr echó mano del fusil.

Unos arbustos crepitaron con violencia en las inmediaciones. Algo monstruoso apareció ante sus ojos.

Barr sintió náuseas y miedo al mismo tiempo. Aquella hormiga era casi tan grande como un buey y su aspecto era terrorífico.

Retrocedió, creyendo que soñaba. Las antenas del animal se agitaban rápidamente y, al encontrarse, producían aquel espantoso chirrido.

— E… es una pesadilla… — tartamudeó.

La hormiga se desplazó con cierta rapidez y cayó sobre el conejo, que devoró en contados instantes.

— ¡Maldito animal! — gritó Barr, exasperado—. El mejor conejo que había asado en muchos meses… y ahora vienes tú, con tus antenas limpias, a dejarme sin cena…

Apuntó con el fusil a la hormiga, pero dudó antes de apretar el gatillo. ¿Y si las balas rebotaban en su brillante cuerpo negro?

Los ojos de la hormiga le miraron malignamente.

— ¡Cuidado! — mascculló —, no soy un bocado para ti!

Retrocedió una docena de pasos más. La hormiga avanzó otro tanto.

«¿Habrá influido la máquina del profesor Ivdor en esta

espantosa mutación?», se preguntó.

Una vez más, levantó el fusil y apuntó directamente a la cabeza del animal. Pero antes de que tuviera tiempo de disparar, la hormiga recibió un terrible rayo de luz, que la convirtió en un ascua de fuego durante algunos segundos.

El resplandor se extinguió casi de súbito. Cuando el ambiente hubo recobrado su luz habitual, la hormiga había desaparecido.

Asombrado, Barr volvió la cabeza y entonces contemplo un espectáculo aún más asombroso que el de la hormiga gigante.

* * *

El aparato que descendía lentamente hacia el suelo tenía forma de tableta y medía unos veinte metros de largo por diez de ancho y tres de grosor.

En la parte inferior se divisaba un abultamiento redondeado; parecía más bien la mitad de un gigantesco huevo adherido a la base de aquel colosal paralelepípedo.

Había algunas ventanas en los costados inferiores del abultamiento. Por la parte superior, se divisaba otro análogo, aunque completamente transparente.

«No hay duda, estoy soñando», se dijo.

Cuatro patas cortas surgieron de pronto de las esquinas del artefacto, que se apoyó en ellas al tocar el suelo. Una escotilla se abrió en uno de los costados, se desplegó una pequeña escalerilla y una hermosa mujer descendió al suelo.

Barr se pegó un fuerte pellizco en el muslo derecho.

«Pues no, no estoy soñando..., a menos que sueñe que me pellizco», se dijo.

Ella avanzó a su encuentro con la sonrisa en los labios. Debajo de un breve casquete metálico, rematado en una antena vertical de forma espiroidea de unos treinta centímetros de longitud, se veía una abundante cabellera rubia y unos preciosos ojos verdes.

La joven vestía una especie de peto dorado y una falda muy corta, con botas blandas, ajustadas a las piernas, que le llegaban a las rodillas. En torno a su delgado talle llevaba un ancho cinturón de metal flexible y dorado, en el que destacaba una caja alargada, de color oscuro.

Barr parpadeó.

«¿Un ser extraterrestre?», murmuró.

La joven se detuvo a tres pasos y sonrió:

— Hola — saludó, con voz dulce y agradable —. ¿Cómo estás, habitante de este planeta? Soy Jana Croy't-7, explorador espacial de

Dritnr, autorizado para toda clase de misiones.

Barr se hallaba estupefacto.

— Entonces... es cierto. Tú no eres de la Tierra...

— ¿Tierra? — repitió Jana —. ¿Se llama así este planeta?

— Al menos, nosotros le damos ese nombre. El tuyo has dicho qué se llama...

— Dritnr — repitió ella —. En nuestro código de cartas estelares, tu planeta se designa con la cifra Z-A-6-7-0-1.

— Es... es fantástico... Un ser de otro mundo... Encantador ser, por otra parte...

Jana hizo una ligera inclinación de cabeza, como para agradecer el cumplido.

— Estabas en apuros cuando yo te divisé desde lo alto — dijo—. ¿Qué clase de bestias feroces pueblan tu mundo?

— Ah, te refieres a la hormiga gigante. Bien, por lo general su tamaño es muchísimo menor, miles de veces menor, pero el animal que tú has destruido proviene de una mutación y por ello ha adquirido un tamaño anormalmente grande.

— ¿Una mutación? ¿Debido a causas externas?

Barr se encogió de hombros.

— Supongo que sí. Hace algo más de tres años se produjo una terrible catástrofe y murieron casi todos los habitantes de la Tierra — contestó—. Yo creo que el porcentaje de supervivientes no llega siquiera al uno por cien mil.

Jana se sintió horrorizada.

— Debió de ser una tremenda catástrofe — declaró—. Por eso me enviaron a mí para investigar e informar. Pero necesito más detalles. En Dritnr tienen que saberlo todo. ¿Querrás contarme lo sucedido?

— No hay inconveniente — accedió Barr, ¿Has venido sola? — preguntó de repente.

— Sí, los exploradores espaciales siempre realizan solos sus misiones. Yo me hallaba relativamente cerca de la Tierra cuando recibí el mensaje en que me anunciaban ese desastre.

— Desastre — murmuró el joven—. Nunca mejor aplicada la palabra. Los escasos supervivientes han vuelto al salvajismo... Los animales más inferiores se han mutado... Mucho, mucho vas a tener que contar a los tuyos cuando regreses a Dritnr.

Jana le dirigió una sonrisa de simpatía.

— Te encuentro muy abatido — dijo —. ¿Por qué no vienes conmigo a mi nave? Allí estarás mejor y más seguro y podré darte algo de comer. Además, nos elevaremos a alguna distancia del

suelo, para eludir posibles ataques de otras bestias feroces como la que he matado.

— La idea es excelente — aprobó él—. Mi nombre es Daniel Barr, pero todos me llamaban Dan.

— Me gusta el nombre — sonrió ella —. Ven sígueme.

Barr trepó a la nave detrás de Jana y apreció con ojos de asombro la relativa magnificencia de su interior. Todo parecía muy sencillo y funcional, pero con cierta impresión de lujo que, sin embargo, no abrumaba ni ofendía.

El habitáculo era grande y espacioso. Jana abrió un armario y sacó una prenda que entrego al joven.

— Entra ahí — señaló una puerta —. Hay un cuarto de baño con todo lo necesario, incluso para afeitarte, si lo deseas.

Barr se acarició la frondosa barba, crecida a lo largo de tres años.

— Siempre me gustó llevar la cara rasurada — contestó —. Ahora debo de parecer un auténtico ejemplar de hombre de la selva.

— Peores los he visto — dijo Jana—. Cuando salgas, tendrás la cena preparada.

— Lástima de la que me había hecho yo — suspiró él—. Un conejo tan sabroso…

CAPÍTULO III

— De modo que tú opinas que la máquina del profesor Ivdor es el artefacto que originó la catástrofe.

Barr asintió mientras encendía un cigarrillo. La cena, compuesta por alimentos preparados, de agradable sabor, aunque completamente desconocidos para él, había resultado suculenta y nutritiva. Al terminar, había hecho una escueta relación de los hechos, desde el momento en que se produjo la catástrofe hasta la llegada de Jana al planeta.

— Para mí, fue el factor desencadenante de las fuerzas destructoras que causaron la muerte de miles de millones de seres humanos — respondió él, tras una bocanada de humo—. Y no soy el único que opina así.

— Una máquina, por muy poderosa que sea, no puede causar tantas muertes, opino yo — dijo Jana.

— Teóricamente, así debería de ser... pero la práctica ha demostrado todo lo contrario.

— ¿Has visto tú esa máquina?

— No, y sólo hablé con Ivdor un par de veces, pero no precisamente para tratar de su descubrimiento. Fueron dos encuentros que podríamos calificar más bien de actos sociales.

— Entiendo — dijo Jana —. Salvo la mutación de algunos insectos, de los que sólo hemos visto un ejemplar, no parece que hayan quedado efectos residuales en el ambiente del planeta.

— Si olvidamos a la hormiga gigante y a sus posibles congéneres, los efectos residuales en todo caso, han sido beneficiosos. Se acabó la contaminación atmosférica y de las aguas, que amenazaban de muerte la vida del planeta, y tanto los animales como las plantas se han reproducido con un ímpetu sorprendentemente vigoroso. Pero los supervivientes lo somos a costa de la existencia de casi seis mil millones de personas.

— ¿No hubo muertes de animales?

— Muy pocas. Ten en cuenta que todas las ciudades resultaron destruidas y que en ellas se congregaba la inmensa mayoría del género humano. Los animales, salvo algunas especies, recluidas en

lugares adecuados, para su transformación en productos alimenticios, padecieron muy poco. Y los que vivían en libertad, tanto terrestres como acuáticos, al no ser perseguidos por una u otra causa, al tener de nuevo su propio ambiente, se han reproducido magníficamente. Puede decirse que los animales las plantas y el ambiente son los que han salido ganando con la catástrofe.

— Tiene que ser cierto — dijo Jaca pensativamente—. Pero, ¡qué máquina tan potente debía ser la del profesor Ivdor!

— Así lo parece. Lo malo, o lo bueno según se mire, es que también a él le alcanzo la destrucción. Las ruinas de su casa están a menos de medio kilometro de este lugar.

Jana miró a través de la cúpula. Hacía rato ya que había llegado la noche y la oscuridad reinaba en el ambiente, apenas aliviada por la luna en creciente.

— Me gustaría conocer a ese Ivdor — dijo— Saber qué clase de artefacto construyó y cuáles son sus resultados, debe de ser fascinante.

— Los resultados están a la vista. — Barr hizo una mueca—. Nada atrayente, por cierto.

— Se me ocurre una idea — exclamo ella de pronto—. Quisiera explorar tu planeta más detenidamente, por lo menos, alguno de los lugares más afectados por la destrucción. Tú podrías acompañarme, si no tienes inconveniente.

— Ninguno, aunque, ¿cómo piensas realizar la exploración!

— A bordo de la nave, por supuesto. Volando a baja altura y durante un día.

— Nos verán. Ello podría acarreamos problemas, Jana.

Ella sonrió.

— Invisibilizaré el aparato — contestó—. Si no lo hice a mi llegada, fue porque deseaba entablar contacto contigo.

— No fue mala idea, aunque... Tus armas son muy poderosas, Jana.

— Sí, ciertamente, pero sólo las uso en caso de extrema necesidad y, a ser posible, nunca contra seres humanos.

— Jana, los terrestres son ahora fieras. Preveo que, te guste o no, tendrás que usar ese rayo desintegrador.

— Oh, dispongo de otras armas que no son mortíferas, aunque sí nos evitarían los riesgos, en caso preciso.

— Siendo así... Oye — exclamó él súbitamente—, hay algo que no acabo de comprender. Tú y yo nos entendemos a la perfección... y no me vengas a decir ahora que has aprendido mi idioma por emisiones de radio.

Jana rió alegremente.

— En absoluto. —Con la mano derecha se tocó la cajita que tenía sujeta al cinturón —. Es una máquina traductora.

— ¿Instantánea? — preguntó él, asombrado.

— Tan instantánea como si ambos hablásemos un mismo idioma.

Barr meneó la cabeza.

— Me siento abrumado — dijo —. ¿Qué clase de ciencia es la vuestra que produce aparatos tan perfectos?

— En Dritnr hemos sido siempre muy aficionados a comunicarnos con las otras razas inteligentes del espacio. La necesidad aguza el ingenio, Dan.

— Evidentemente — afirmó él —. Con toda seguridad, si nosotros hubiéramos conocido otros planetas habitados, también nos habríamos preocupado de construir traductoras automáticas. Ya las teníamos, pero sólo para mensajes escritos y, aun así lentas y deficientes. Ese cacharrito tuyo es una maravilla.

— Quizá vosotros teníais aquí cosas aún más maravillosas, aunque no fuesen tan complicadas. Bien, mañana por la mañana, si no tienes inconveniente, iniciaremos la exploración.

— Lo que tú digas — accedió él—. ¿Cuándo informarás a Dritnr?

— Ya he enviado un primer despacho, muy corto y pobre de informes, como puedes comprender. Más que nada, señalar mi llegada a la Tierra.

— Jana, ¿cómo es posible que puedas enviar mensajes a tu planeta, el que, supongo, debe hallarse a muchos años luz del nuestro?—declaró Barr, estupefacto.

La joven sonrió, a la vez que señalaba el casquete del que se había desprendido para la cena.

— Podríamos decir que son mensajes psicorradiados. Multiplicación de las ondas eléctricas del cerebro, lo que asegura la instantaneidad de la comunicación — contestó.

— Fantástico — calificó él —. Oyéndote, uno se muestra avergonzado de irnos conocimientos tan pobres como los que posee.

— Tú eres inteligente y cultivado — dijo Jana—. ¿A qué te dedicabas antes de la catástrofe?

— Soy doctor en Hiperfísica... aunque el título no me sirve ya para nada, como te puedes imaginar.

Jana se mordió los labios.

— Quizá haya aspectos en tu ciencia que resulten desconocidos en Dritnr — opinó—. El intercambio de conocimientos es siempre muy útil.

— No lo dudo, aunque antes tendría que conocer el estado actual de la Física en tu planeta. Pero me parece que, comparado contigo, yo soy un alumno de primaría.

Ella se echó a reír.

— No te mortifiques — dijo—. Si hay hombres capaces de construir una máquina como la de Ivdor, también los debe de haber que poseen conocimientos que a nosotros nos pueden resultar muy útiles. Por cierto, ¿tú crees que el artefacto de Ivdor era viable, construido de acuerdo con sus proyectos?

— No lo sé, porque ignoro siquiera cuáles eran sus propósitos — respondió Barr —. Lo que sí puedo decirte es que, según me imagino, él construyó la máquina con algún fin beneficioso, pero, por causas que ignoro, le funcionó completamente al revés. Vamos, como si en mi fusil salieran las balas por la culata cuando se aprieta el gatillo.

* * *

Aquella noche, Barr no descansó bien del todo. La excitación que le producía el hecho de hallarse en una nave extraterrestre, el encuentro y la conversación con lana, le produjeron un insomnio, del que no se libró sino al cabo de largas horas de vigilia.

Por la mañana se levantó. La nueva ropa que vestía era una especie de mono de tela suave y esponjosa, muy flexible y transpirable. Se sentía muy cómodo y con completa libertad de movimientos.

Poco después del desayuno, Jana se sentó ante el cuadro de mandos del aparato, que se movió suave y silenciosamente, a quince o veinte metros del suelo. De pronto, Barr notó cierta alteración en la atmósfera, que vibró ligeramente.

— Algo sucede — exclamó alarmado.

— No temas. Acabo de conectar el dispositivo invisibilizador — replicó ella.

La visión era perfecta en todos los sentidos. Barr ya sabía que la nave se movía por mecanismos que eliminaban la atracción de la gravedad.

— Nosotros estábamos en ello cuando se produjo la destrucción — dijo.

— ¿Habíais conseguido algo?

— Muy poco. A costa de un enorme derroche de energía, habíamos movido pesos no superiores a los diez gramos. Ése era nuestro principal problema: la energía.

—Nosotros empleamos la energía másica, es decir, la

transformación absoluta de la masa de un cuerpo material, cualquiera que sea, en energía pura.

— ¿No hay radiaciones?

— En absoluto. Superada la fase nuclear y de fusión, las radiaciones emitidas son reabsorbidas, por decirlo así, convirtiéndose igualmente en energía.

— Entonces... Incluso un pedrusco puede ser utilizado como combustible.

— Cualquier cosa que tenga masa — puntualizó ella, sonriendo.

Minutos después, avistaban a lo lejos un colosal amontonamiento de ruinas.

— Ahí tienes una gran ciudad — dijo él tristemente—. Allí tenía yo amigos, conocidos... era un emporio de arte y riqueza... y todo desapareció en unos instantes, como barrido por la mano de un gigante.

— Es curioso. ¿ Cómo lograste salvarte?

— Oh, la cosa sucedió durante un fin de semana..., que precisamente pasaba en las inmediaciones de la casa del profesor. Fue algo casual, no premeditado, por supuesto. A veces, durante el buen tiempo, me gusta vagar por el campo... me gustaba, mejor dicho. Pasaba dos o tres días al aire libre, haciendo vida primitiva... es decir la vida primitiva que se podía hacer en un mundo supercivilizado. Pero después de unos días de encierro en la ciudad, ese descanso me sentaba maravillosamente.

— Y entonces se produjo la catástrofe.

— Sí. Yo no recuerdo nada; dormía cuando sucedió. Después, al regresar a la ciudad.

La voz de Barr se quebró de pronto.

— ¿Perdiste a algún ser querido? — preguntó Jana, conmovida.

— Iba a casarme. Ella pereció en el hundimiento de la casa en que vivía.

— Lo siento. Me gustaría que volvieses a verla... incluso a salvarla.

Barr la miró con sorpresa.

— Eso es imposible. Marcia quedó sepultada bajo miles de toneladas de escombros — exclamó.

Jana se reclinó en el respaldo de su sillón y contempló las ruinas que se deslizaban lentamente bajo ellos.

— Imposible... o no — dijo.

— Por favor, Jana — rogó él, con voz crispada—. Lo que ha pasado, pasado está, con todas sus consecuencias.

— Sí, pero... ¿Y si la catástrofe se pudiera evitar?

Barr empezó a dudar del sano juicio de la joven.

— Estás bromeando — dijo ásperamente.

— No, Dan, no bromeo — aseguró Jana, muy seria—. Tú dices que la máquina del profesor Ivdor tenía unos propósitos muy beneficiosos.

Él se encogió de hombros.

— Es lo que supongo — respondió —. Ivdor trabajaba por su cuenta y no creo que estuviese empleado en ningún departamento del gobierno. Sé que era algo interesante y, conociéndole, no puedo creer que hubiese construido una nueva arma.

— Razón de más — dijo Jana—. Si la máquina de Ivdor tenía que emplearse en algún fin útil, pero produjo efectos diametralmente opuestos, ¿por qué no procurar que el profesor consiga lo que quería?

— ¡Pero es que Ivdor murió hace tres años!

— Lo sé. Sin embargo, tú ignoras algunas de las características de mi aparato. Además de emplearse para viajes interestelares, puede usarse, en el ámbito planetario, como máquina para viajar a través del tiempo.

CAPÍTULO IV

Barr se sintió aún más abrumado por la revelación que Jana acababa de hacerle.

— Una máquina del tiempo — murmuró.

— En efecto — confirmó ella, con encantadora sonrisa—. Y, en cierto modo, así actúa también en los viajes interestelares. Según la situación de las planetas en sus distintos sistemas solares, el tiempo varía de uno a otro, incluso a veces con diferencias de miles de años. De otro modo, ¿cómo podría llegar yo a la Tierra en sólo algunas semanas, si no fuese porque, al mismo tiempo que viajo en el espacio, viajo también en el tiempo?

Barr se pasó una mano por la frente.

— No lo entiendo, no lo entiendo… —dijo, tremendamente desconcertado.

— Dan, debes saber que, para llegar a la Tierra, yo he tenido que atravesar una distancia de unos doscientos veinticinco años luz. Eso significa, aproximadamente, una diferencia de quinientos años temporales.

— ¿A favor o en contra, lana?

— ¿Qué quieres decir, Dan?

— Bueno… Para llegar aquí, ¿has avanzado o retrocedido en el tiempo, según el cómputo de Dritnr?

— Ah, ya entiendo. En contra, si es eso lo que quieres saber. Es decir he retrocedido quinientos años en el tiempo de mi planeta.

— Pero, entonces, esas comunicaciones psicorradiales…

— Hay estaciones transformadoras del tiempo. Naturalmente, al ser instantáneas, las comunicaciones llegarían con quinientos años de retraso allí. O. viceversa, con quinientos años de adelanto sobre la Tierra, puesto que se trata de algo material, como es el pensamiento. Pero el problema se soluciona, repito, con esas estaciones transformadoras del tiempo.

— Correctoras, estaría mejor dicho.

Jana se encogió de hombros.

— No es un detalle importante — contestó.

— Es decir que ahora en Dritnr estáis quinientos años más

adelantados que nosotros.

— Efectivamente. Para venir aquí, retrocedí en el tiempo. En cambio, en los viajes a otros planetas, se sufre un adelanto temporal.

— Y en el ámbito planetario temporal...

— La nave puede viajar adelante o atrás, aunque con una capacidad de desplazamiento físico muy pequeño. Lo que se hace entonces es buscar un lugar seguro donde dejarla escondida al llegar a la época que se desea.

— Entiendo. — Barr se quedó muy pensativo —. Sí, sería maravilloso tratar de evitar la catástrofe.

— Podemos intentarlo, ¿no crees?

Barr la miró de reojo unos instantes.

— Pero no así, como estás — dijo.

— ¿Qué defecto me encuentras? — preguntó Jana, sorprendida.

— La ropa — contestó él sin titubear —. La libertad indumentaria, a finales del siglo XX, era muy grande en la Tierra, pero, aun así, te convendría, opino yo, unos vestidos menos llamativos.

— Bien, por mí no hay inconveniente — accedió ella, con una sonrisa—. Lo peor de todo es que no sé cómo reproducir un vestido de tu época.

— Espera un momento — pidió Barr.

Alargó el cuello. La nave se deslizaba en aquellos momentos por lo que tres años antes había sido una larga y espaciosa avenida.

Barr la recordaba muy bien, en su época de mayor esplendor. Más de una vez había soportado largas sesiones de tiendas junto a su prometida.

— Para — dijo de pronto.

La nave se detuvo. Barr volvió los ojos hacia la joven.

— Jana, no lejos de aquí veo los restos de una tienda de ropas de señora — informó—. El problema está en salir de la nave.

— Oh, eso no tiene dificultad alguna.

La joven manipuló en los mandos y el aparato descendió suavemente hasta posarse en el suelo. Jana se puso en pie, agarró una cajita, que se colgó en el lado izquierdo del cinturón, y dijo:

— Cuando quieras, Dan.

Barr la siguió hasta la escotilla. Los peldaños de la escalera eran claramente visibles.

Saltaron al suelo. La puerta de la tienda aparecía medio cubierta por los escombros, sobre los cuales tuvieron que saltar para pasar al interior.

En una estancia situada al fondo, divisaron varios vestidos femeninos, cubiertos de polvo.

— Un tejido pésimo — calificó Jana, al examinar uno de los vestidos—. Se deshilacha al simple contacto con la mano.

— Debe ser de fibras naturales, quizá algodón. Por eso se pudre. Pero aquí tienes éste, de fibra sintética.

Jana tomó el traje y lo sacudió varias veces. Hizo un gesto de resignación y se lo echó al brazo.

— Mi reproductora lo duplicará con un tejido completamente nuevo dijo.

— ¿Re… productora? — tartamudeó Barr.

— Sí, pero sólo de objetos, no de personas — sonrió Jana—. De todas formas, cuando lleguemos a la época anterior a la catástrofe, podré tener otros vestidos, ¿no es así?

Barr carraspeó.

— Sí, claro… Te compraré… Volvamos a la nave. «Estoy soñando, estoy soñando», se repitió una

y otra vez. Pero tenía la seguridad de que se hallaba completamente despierto.

Se dirigieron hacia la puerta. Barr recordó de repente la situación en que se hallaban.

— Aguarda un momento — dijo.

Jana le contempló extrañada. Cauteloso, Barr se asomó a la puerta y exploró el panorama.

— Bueno, parece que está todo tranquilo.

Y franqueó el umbral, pero, en el mismo momento, algo duro se apoyó en su costado.

— Suelta ese fusil, amiguito — dijo una voz, que tenía muy poco de amistosa.

* * *

Barr titubeó. El arma que empuñaba el otro individuo se clavó con fuerza en sus costillas.

— Obedece o te abraso.

El fusil cayó al suelo.

Unas manos ávidas se apoderaron del arma.

— ¡Esto cambia! —dijo otro sujeto, exultante de júbilo al verse en posesión del fusil.

Eran dos los atacantes y su aspecto no resultaba tranquilizador. En realidad, pensó Barr, ninguna persona tenía buen aspecto en aquellos tiempos.

El otro contempló a la joven por encima del hombro de Barr.

Una extraña sonrisa apareció en sus labios.

— Guapa chica, ¿eh, Jake? — comentó con gesto torvo.

Jake se acarició la frondosa barba que adornaba su cara.

— Precisamente de las que me gustan a mí — manifestó—. Apártate, tú — ordenó a Barr.

El joven vaciló.

Las intenciones de aquellos dos sujetos eran claramente visibles, Pero, por otra parte, se sentía inerme. Realmente, estaba extrañado de que no hubiesen disparado sin previo aviso.

La mano de Jake agarró su brazo y tiró de él con fuerza.

— He dicho que te apartes — gruñó malhumoradamente—. Tú, chica, sal que te veamos la cara.

Barr miró a Jana. Ella parecía serena, sin dar muestras de temor.

— Te vas a venir con nosotros — dijo Jake.

— ¿Sí? ¿Para qué? — preguntó la joven.

El otro forajido se echó a reír.

— Jake, esto es divertidísimo — exclamó —. Pregunta para qué se va a venir con nosotros. ¿Se lo digo?

— No, Sam; ya lo sabrá luego... prácticamente. — Jake chasqueó los dedos—. Vamos, dulzura, camina.

Jana se quedó quieta.

— No iré con vosotros — dijo.

Sam avanzó un paso hacia ella.

— Vendrás con nosotros o...

Un chispazo brotó del cinturón de la joven. Sam lanzó un aullido, a la vez que una fuerza misteriosa lo proyectaba a varios pasos .de distancia.

Jake aprestó su fusil, pero el pie de Barr actuó rápida y contundentemente. El arma saltó por los aires.

Un cuchillo apareció en la mano de Jake, pero, de nuevo, Barr se anticipó con el puño, Jake cayó sin sentido.

Barr recobró su fusil. Luego miró a la joven.

— Siento lo ocurrido — dijo—. Como terrestre, me avergüenzo de estos dos forajidos.

Jana sonrió levemente.

— La culpa no ha sido tuya — contestó—. Ni, probablemente, de ellos tampoco. En otras circunstancias...

— No lejos de aquí hay una comunidad de personas decentes y trabajadoras, que están intentando hacer de la Tierra lo que era antes. ¿Por qué no se han unido a ellos, en lugar de seguir dedicándose al merodeo?

Sam se incorporaba en aquellos momentos, asombrado y

aturdido. Jake empezaba a dar señales de vida otra vez.

Barr les apuntó con el rifle.

— Ahora mismo os...

Pero no pudo seguir hablando. Un grito repentino interrumpió sus palabras.

— ¡Alto, doctor Barr!

CAPÍTULO V

Asombrados, Barr y Jana volvieron la cabeza a un tiempo. El comisario Ruiz, juntamente con Vince y otros individuos, media docena en total, corrían hacia ellos.

Sam lanzó un chillido de espanto y echó a correr. Tableteó una pistola ametralladora y el sujeto se desplomó, con el cuerpo atravesado por ocho o diez proyectiles.

Jalee estaba lívido. Los recién llegados cayeron sobre él y lo situaron a empujones contra la pared.

— ¡ Eh, comisario! — gritó Barr —. ¿Qué es lo que van a hacer con ese hombre?

Ruiz le dirigió una sombría mirada.

— Hace algunos días asaltaron nuestra comunidad. Mataron a un hombre y se llevaron a una mujer joven, con la que cometieron las más incalificables tropelías. ¿Qué quiere que hagamos con este forajido?

—Esperen — clamó Jake—. Fue un error... Yo no hice nada... Él lo hizo todo... — señalaba a Sam—. Yo... yo creí que sólo se trataba de robar algo de comida...

— Se da de comer al hambriento, pero no se tolera el robo — dijo Ruiz severamente—. Ni otras clases de delitos — añadió.

— Podrían castigarle de una forma mejor: haciéndole trabajar para la comunidad un determinado número de años — sugirió Barr.

— Se les propuso unirse a nosotros hace ya tiempo — dijo Vince —. Y no una vez, sino varias; pero ellos prefirieron seguir su vida de forajidos. Bien, cada uno elige el camino que más le gusta... ¡y acepta también las consecuencias de su elección!

Ruiz hizo un gesto con la mano. Cuatro fusiles dispararon a un tiempo. Jake cayó como un guiñapo al pie de la pared.

Ruiz miró al joven con severidad.

— Es lastimoso, pero no queda otro remedio — dijo—. La justicia tiene que ser rápida y expeditiva en estos tiempos. Aceptaremos de buen grado al que quiera unirse sinceramente a nosotros, pero seremos implacables con quienes nos ataquen.

Los acompañantes de Ruiz y de Vince buscaron un lugar

adecuado para colocar los cadáveres de los merodeadores. Sobre un pequeño montón de escombros, plantaron un cartel, que uno de ellos traía ya de antemano y que decía:

ASÍ ACABARÁN TODOS LOS
ASESINOS, LADRONES Y VIOLADORES

**Comisión de Vigilancia
de Esperanza**

— Hemos vuelto a los viejos tiempos en que los ciudadanos se tomaban la justicia por su mano — dijo Barr.

— Se equivoca, doctor — contestó Vince —. La decisión fue tomada por un grupo de ciudadanos, en quienes los demás habían delegado las atribuciones de justicia. Faltan, quizá, los formulismos legales* » pero no debe tener dudas acerca de que hemos cumplido con el mandato popular de las personas que quieren trabajar y vivir en paz.

— Los tiempos no permiten blanduras — añadió Ruiz—. Pero, doctor, observo que todavía no me ha presentado a su acompañante.

— Ah—murmuró el joven—. Es... es Jana Croy't. Jana, el comisario Ruiz, el inspector Vince.

—¿Cómo está, señorita?—Saludaron los dos hombres a un tiempo.

Jana hizo una ligera inclinación de cabeza.

— Encantada, caballeros — respondió.

Ruiz se volvió hacia Barr.

— Doctor, el apellido Croy't me es desconocido — dijo.

— Oh — sonrió Barr—. Olvidaba que usted fue policía y que debía de conocer a mucha gente en la ciudad. Bien, ella vino del otro lado del Atlántico.

—¿Sola? — se extrañó Vince.

— Encontró un avión en buen uso, pero se le hundió en el lago Michigan. Luego viajó muchos días a pie y hace poco nos encontramos casualmente — mintió Barr.

—Toda una aventura — comentó Ruiz —. Bien, doctor, si lo desean, pueden unirse a nuestra comunidad. Un hombre de sus cualidades sería un buen refuerzo para nosotros.

— Tal vez... algún día, comisario. De todas formas, aún no le hemos dado las gracias por la oportuna intervención de ustedes.

— Ha sido un placer, créame. Hacía días ya que andábamos sobre la pista de esos rufianes.

— Quizá por eso no hicieron fuego sin previo aviso.

— Es probable que temieran hacer ruido, en efecto —Convino Ruiz—. Bien, nuestra labor aquí ha terminado ya. Doctor, la oferta sigue en pie, para ambos, naturalmente.

— Por ahora, no puedo comprometerme a nada — respondió Barr —. Jana y yo tenemos algo más importante que hacer.

— Así es — confirmó Jana.

Ruiz no quiso insistir más. Hizo una seña y se marchó, seguido de sus acompañantes.

Barr guardó silencio unos momentos. Luego dijo:

— Jana, lamento de veras...

Ella alzó una mano.

— No te preocupes — sonrió—. Comprendo lo ocurrido.

— Es una especie de lucha por la supervivencia. No ha sido agradable, pero la razón estaba de parte de ellos.

— Sí, ya lo veo. Dan, he observado que no has querido ser muy explícito. Incluso has mentido con respecto a mi origen.

— No me hubieran creído, puesto que tu nave no se ve. Además, a pesar de que les tengo en buen concepto, no me fiaba mucho de sus reacciones. Están nerviosos, excitados... vivir continuamente con las armas en la mano no predispone mucho a la reflexión serena y ponderada.

— Has hecho bien — aprobó ella—. Mejor que no sepan lo que vamos a hacer. Pero deja que te diga que tienes una imaginación portentosa.

Barr se echó a reír.

— Aceptaron mi mentira como una gran verdad — contestó—. Y, a fin de cuentas, es lo que importa. ¿Vamos?

— Sí, cuando quieras.

Volvieron a la nave. Jana dejó a un lado la caja de control remoto.

— Hay algo que me extraña — dijo Barr, mientras ella se sentaba ante el puesto del piloto.

— Dime, por favor.

— Ese chispazo que derribó a Sam...

— Una especie de descarga eléctrica y onda de choque de aire— explicó Jana—. No quise matarle, por supuesto; cosa que habría conseguido, de haber aumentado el potencial de la descarga.

Barr meneó la cabeza.

— ¡ Caramba con las armas de Dritnr! — exclamó—. Rayos desintegradores, descargas eléctricas y ondas de choque de aire...

— Son residuos de tiempos en que también teníamos conflictos como los vuestros. Normalmente, no empleamos armas, pero a

veces, sobre todo en Misiones de exploración, resultan útiles.

—Sí, ya veo.

La nave se alejó lentamente. Barr miró a través del vidrio de la cúpula.

El inmenso cementerio que era la ciudad, un colosal amontonamiento de escombros, se alejó rápidamente. El panorama se ensanchó y pronto vio el placeta desde unos cuantos miles de kilómetros de altura.

Barr fue a decir algo, pero observó que la joven parecía muy concentrada en el manejo del aparato y no quiso turbar sus pensamientos. De repente, viose envuelto en un vivo resplandor.

Fue una luz silenciosa, que parecía rodear a la nave por completo. El resplandor, sin embargo, duró algunos segundos.

En seguida volvió a divisar la Tierra. Estaba en la misma posición que unos momentos antes.

Jana se reclinó satisfecha sobre el respaldo.

— Bien, ya hemos llegado — exclamó.

— ¿Cuál es la fecha? — preguntó Barr.

— Doce de mayo de mil novecientos noventa y seis.

Barr frunció el ceño.

—Poco tiempo me dejas — se quejó—. La catástrofe ocurrió once días más tarde,

— Si podemos evitarla, sobrará tiempo. Y si no lo conseguimos, aunque llegases a la Tierra un año antes, tampoco lograrías nada — contestó Jana.

* * *

La nave, convenientemente invisibilizada, aterrizó en un bosquecillo. No lejos de aquel lugar pasaba una carretera electromagnética.

Barr y Jana se apearon. A lo lejos se divisaba el resplandor de millares de luces de la gran ciudad.

— Me parece un sueño — dijo él a media voz.

Jana aspiró el aire un par de veces.

— Excesiva contaminación — diagnosticó en el acto.

— Y, sin embargo, estamos en pleno campo.

— Las miasmas de la ciudad se extendían a gran distancia, Dan — contestó Jana —. Compruébalo tú mismo. Hay una gran diferencia entre la atmósfera de dentro de tres años a la actual.

— Eso sí es cierto, pero no podemos hacer nada, Jana. A pesar de todo, se había logrado un gran paso, cuando se suprimieron la mayoría de los motores de explosión, que eran los que movían

nuestros vehículos.

— ¿Qué energía empleaban en el año mil novecientos noventa y seis?

— Electricidad. Hay estaciones espaciales que la envían por ondas irradiantes a muchos automóviles. Otros, en cambio, usan sus propias baterías, fácilmente recargables.

— Entiendo. Bien, ¿cómo vamos a ir a la ciudad, Dan?

— La distancia no es grande, pero si fuésemos a pie, podríamos despertar sospechas en alguna patrulla de carretera — contestó Barr —. Vamos a ver si encontramos algún vehículo.

— ¿Cuándo veremos al profesor Ivdor?

— Mañana mismo, si es posible, Jana.

— Lo intentaremos, Dan.

Echaron a andar. A los pocos minutos, se hallaban al borde de la carretera, por la que circulaban numerosos vehículos, todos los cuales seguían su propia pista electromagnética, que liberaba a los conductores del trabajo de la conducción, excepto cuando tenían que realizar alguna maniobra.

Barr dejó pasar algunos vehículos. Al fin, agitó la mano cuando divisó a lo lejos las luces de un gran autobús de pasajeros.

El conductor desconectó el control electromagnético y apartó el vehículo fuera del camino. Jana subió la primera.

Barr enseñó una tarjeta.

— Tome nota y pase el importe de los billetes a mi cuenta corriente — dijo al conductor.

— Sí, señor.

El chófer situó la tarjeta ante una registradora. Presionó algunas teclas y luego devolvió el documento a su dueño.

Barr se sentó junto a la joven en un cómodo asiento. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo, mientras el autobús reanudaba la marcha.

— Me parece un sueño—murmuró.

— ¿No crees que sea cierto lo que te está pasando? — preguntó Jana, con la sonrisa en los labios.

— Lo que ha pasado es lo que me parece un sueño — contestó él.

Un cuarto de hora más tarde, el autobús se detenía en la estación terminal. Barr y Jana se apearon.

— ¿Y ahora? — preguntó ella.

— Mi casa es el mejor lugar — indicó Barr —. Como todavía no ha sido destruida, es de suponer que el frigorífico esté bien provisto.

Las aceras deslizantes, a ras del suelo unas, aéreas otras,

funcionaban con toda normalidad. Los anuncios luminosos estallaban en continuos chispazos multicolores.

La gente iba y venía por todas partes. Se veían caras alegres, el optimismo era la nota general.

— ¡ Dios mío! — murmuró Barr —. Y pensar que estamos sólo a once días de la Gran Destrucción...

Pero todavía se podía conseguir algo, aún podían evitar la muerte de miles de millones de personas.

CAPÍTULO VI

Barr se tapó la cara con una mano... pero miraba a través de los dedos abiertos.

— Mujeres — refunfuñó—. Aquí, allá, de la Tierra o de la última Galaxia, en cuanto ven una tienda de modas, enloquecen.

Jana, en efecto, parecía haberse desatado. Tras haber adquirido un audaz modelo, que se había puesto de inmediato, estaba lanzada y compraba sin cesar todo lo que le enseñaban las dependientas de la b*outique.*

Joyas, adornos, prendas íntimas, zapatos, perfumes...

— ¡ Es tan maravilloso! — exclamaba, cada vez que le enseñaban algo—. No te importará que haga un poco más de gasto, ¿verdad, Dan?

El joven estaba ya resignado. Se estremeció pensando en el bajón que iba a dar su cuenta corriente, pero todo lo daba por bien empleado si conseguía hablar con Ivdor y enterarse del funcionamiento de su máquina.

Las compras de Jana eran el precio que pagaba por su vuelta al pasado. «Un precio módico por las vidas de miles de millones de personas», pensó.

La capacidad de adquisición de Jana pareció llegar a su fin, cuando se hubo formado una impresionante pirámide de paquetes.

— Que los lleven a mi casa...—empezó a decir él, tras haber abonado el importe con un cheque.

— Espera — dijo Jana—. Yo me llevaré en persona unos cuantos... Éste... éste... ése... y aquel... Los demás pueden llevarlos cuando gusten.

— ¿Cuál es la dirección, señor?—preguntó la encargada de la tienda.

— Rathenor Place, doscientos diez, señorita — contestó Barr.

La encargada anotó las señas.

— En seguida le enviaremos los paquetes — aseguró, con la mejor de sus sonrisas.

— Un momento—sonó de repente una voz femenina—. ¿Han dicho Rathenor Place, doscientos diez?

— Así es, señorita Harris.

Barr se estremeció.

Lentamente giró sobre sus talones y se enfrentó con Marcia, su prometida.

— Ma... Marcia... — tartamudeó.

La joven echaba fuego por los ojos.

— De modo que ése es el cariño que me tienes — dijo, con las manos puestas en las caderas —. Vas a casarte conmigo... y le estás comprando media tienda a una prójima de cualquiera sabe qué reputación. Y, además, la tienes «alojada» en tu casa...

— Marcia, espera, deja que te explique — suplicó Barr.

— ¿Explicar? — rió la otra amargamente —. Ya está todo explicado, Dan. Pero me falta la aprobación a tus explicaciones.

¡PLAF! ¡PLAF!

Antes de que el joven pudiera aprestarse a la defensa, Marcia le soltó dos sonoras bofetadas, que casi le hicieron tambalearse. Una de las dependientas soltó una carcajada, pero calló en el acto, al recibir una furibunda mirada de la encargada.

Marcia giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta. Desde allí, se volvió y tiró algo a la cara del joven.

— Toma, Casanova de tres al cuarto — dijo despreciativamente —. Puedes regalarle a ella la sortija de prometida.

La joya rodó por el suelo. Jana miró a Barr con expresión consternada.

— Lo siento muchísimo — se disculpó —. Nunca pude imaginarme que tu prometida...

— La culpa es mía — refunfuñó él—. Olvidé que ella es una dienta asidua de esta *boutique.* Pero será mejor que nos vayamos... ¡y empecemos a buscar a ese condenado profesor Ivdor! — terminó casi a gritos.

— Sí, Dan, lo que tú digas — contestó Jana mansamente.

* * *

— Bueno, la verdad es que no lo siento demasiado.

— ¿Hablas en serio, Dan? — preguntó Jana.

—Sí — respondió Barr—. A decir verdad, tenía mis dudas sobre el futuro junto a Marcia. Es... demasiado enérgica. Creo que no hubiéramos sido felices, ni aunque no se hubiese producido la Gran Destrucción.

— Me disgustaría que dijeras eso sólo por consolarme, Dan — manifestó la joven.

— Hablo en serio y, además, me alegro de haberla visto bajo un

prisma de autenticidad. Lo correcto, pese a lo que pudieran decir las apariencias, hubiera sido escuchar mis explicaciones. Pero no, arremetió contra mí como una fiera y... Bueno, mejor será que no hablemos más de ella. ¿Qué te parece la antigua comida terrestre?

Jana sonrió. Tras dejar las compras, habían ido a un acreditado restaurante, en donde les habían servido un estupendo menú.

— Allí no tenemos estas cosas, Dan — contestó Jana.

— Imagino que habéis llegado, en vuestra civilización. a un estadio o etapa en que las cosas superfluas no son deseadas por la gente — contestó Barr —. Aquí, todavía, gozamos de estos pequeños placeres; pero ha de llegar un día en que, tanto por educación como por convencimiento, se viva sin superfluidades, no con una austeridad conventual, sino sin estos derroches que, en ocasiones, parecen aberrantes. No obstante, ese día está aún muy lejos...

Barr se interrumpió, porque acababa de recordar que ese día que se anunciaba como una nueva etapa de la humanidad terrestre podía no llegar jamás.

Jana le miró con simpatía.

— Comprendo lo que piensas, pero haremos todo lo posible porque persista la actual situación — dijo —. Y en cuanto a lo que profetizas respecto de un nuevo sistema de vida, más o menos parecido al nuestro, es cuestión simplemente de tiempo. Nuevas generaciones vendrán con nuevas ideas y, como has dicho antes, lo superfluo desaparecerá. Pero — suspiró—, ¡hay cosas tan maravillosas en esta época de superfluidades!

Barr se echó a reír.

— No lo dirás por el primer vestido que te has comprado — contestó.

— Me gusta. En esto, los terrestres tenéis mucha imaginación.

— La tienen los que quieren ganar dinero a costa de los caprichos femenin...

Una voz interrumpió de pronto al joven:

— Perdón. ¿Hablo con el doctor Daniel Barr?

Era un hombre alto y de aspecto distinguido, de unos cuarenta y tantos años de edad y modales sumamente corteses. Detrás de él, a poca distancia, había dos sujetos con cara de palo, que parecían sus acompañantes.

— Así me llamo, en efecto — confirmó el joven.

— Soy Lester Key — se presentó el desconocido—. Desearía hablar unos momento con usted, doctor, si no tiene inconveniente.

— ¿Ahora, señor Key? Estoy acompañado...

— Por favor. —Key sonrió de nuevo, a la vez que levantaba una mano —. Voy a ser muy breve, precisamente porque me doy cuenta de la muy agradable compañía de que está disfrutando, doctor Barr. ¿Permite que me siente con ustedes sólo unos instantes?

— Está bien — accedió el joven de mala gana—. Señor Key, le presentó a la señorita Croy't Jana, el señor Key... cuyos demás datos ignoro.

— Es un placer, señorita Croy’t — aseguró Key, a la vez que tomaba la mano de la joven. Depósito en ella un galante beso y luego se volvió hacia Barr—. Doctor, en cuanto a mis restantes datos personales, le diré que soy hombre de negocios.

— Bien, eso no compromete demasiado — dijo Barr—. Siéntese, señor Key.

El sujeto tomó asiento entre Barr y Jana. La joven estaba confusa pero halagaba por las atenciones de que había sido objeto.

— En su mesa hay un pequeño defecto — manifestó Key—. Perdone la franqueza, pero una comida sin champaña, pierde la mitad de su... eficacia. ¡Señorita!

Una camarera acudió en el acto. Key le encargó una botella de champaña del mejor.

— Es preciso que celebremos nuestro mutuo encuentro— declaró con una sonrisa en los labios.

Barr se sentía cada vez más receloso. Nunca había oído el nombre de Key y la actitud, aunque cortés, levemente dominadora del individuo, le tenía sobre ascuas.

Cuando sirvieron el champaña, Key levantó su copa:

— Por nuestro conocimiento... y por la mujer más hermosa que he conocido en todos los días de mi vida.

— Usted me halaga, señor Key — dijo lana, roja de placer.

— Es la pura verdad, señorita Croy't. Me precio de conocedor de la belleza femenina y usted es el máximo de la perfección en ese aspecto.

— No, si palabrería no le falta — rezongó Barr, entre dientes, a la vez que observaba que los dos acompañantes de Key se habían sentado en una mesa cercana y consumían dos modestas tazas de café —. Y bien, señor Key — levantó la voz—, ¿puede saberse para qué, aparte de brindar por la hermosura de la señorita Croy’t, se ha sentado usted con nosotros?

— Es muy sencillo de explicar, doctor — contestó Key sin abandonar su tono amable, casi melifluo —. Creo que usted conoce al profesor Ivdor, ¿no es así?

* * *

Los recelos de Barr aumentaron.

— Señor Key, el conocimiento que existe entre el profesor Ivdor y yo se reduce a dos circunstanciales encuentros en actos que podrían calificarse muy bien de sociedad. Nada profesional, desde luego.

— Pero usted está al corriente de sus investigaciones, doctor.

— Muy superficialmente. Mi especialidad es la Hiperfísica… y no se vaya a creer que soy un as, diciéndolo en términos deportivos. Apenas hace un año que presenté mi tesis doctoral, señor Key.

— No obstante, ha alcanzado una envidiable reputación en su especialidad, precisamente por esa misma tesis, que versaba sobre «Divisibilidad y permeabilidad de los distintos campos espaciotemporales». ¿Me falla mi memoria, doctor?

Barr emitió un leve gruñido.

— Es una memoria estupenda — calificó.

— Su nueva teoría, lo sé por mis asesores científicos, es atrevida y original, pero abre campos nuevos a la investigación en Hiperfísica. Yo diría, de acuerdo con las informaciones que me han sido suministradas, que sigue el mismo camino, con otro vehículo, que el profesor Ivdor. Es una metáfora acertada, permítame que lo diga, doctor. Pera— miró a la joven y sonrió brillantemente—, sin duda a la señorita Croy't debe de parecerle una conversación sumamente tediosa.

— Oh, no, en absoluto — contestó Jana—. Todo lo contrario, me parece fascinante. ¿Sabe?, yo tengo el título de tridoctora en Hiperfísica-Dos.

Key pegó un respingo. Barr se quedó con la boca abierta. Ambos pensaban que la muchacha les estaba tomando el pelo.

— Pero, siga, siga — invitó ella—. De modo que el doctor Barr sigue el mismo camino que Ivdor, si bien con otro vehículo.

Key carraspeó.

— A… así es — contestó, tratando de recobrar su talante anterior—. Aunque también se podría decir que se dirige al mismo sitio, pero por una ruta distinta.

— Señor Key — dijo Barr fríamente—, creo que estamos divagando de un modo absurdo. ¿Por qué no expone de una vez, con toda claridad, sus deseos? Si mal no recuerdo, antes habló de la brevedad de unos minutos… y esto se está prolongando ya demasiado.

— Excúseme, doctor — rogó Key —. Necesito entrar en contacto con el profesor Ivdor. Creo que usted podría ser mi mediador para este asunto.

— ¡Vaya!—resopló el joven—. ¿Acaso no puede ir usted a su casa y solicitarle una entrevista para exponerle sus propósitos?

— Bien, sí, hablando con sinceridad, podría ir... pero prefiero que lo haga usted, doctor.

— ¿ Por qué?

Key titubeó un instante.

— Necesito adquirir información sobre los experimentos de Ivdor — respondió al final—. Usted puede serme de gran utilidad al respecto.

Barr entornó los ojos.

— ¿Yo? — replicó escuetamente.

— Podría comprender mejor que nadie las explicaciones del profesor. Luego... bien, usted y yo también nos entenderíamos. Es... es desagradable mencionar el tema, pero el importe de sus... honorarios no sería objeto de discusión alguna.

— Eso se parece mucho a una oferta de un cheque en blanco.

Key emitió una sonrisa de circunstancias.

— Es usted muy franco, amigo mío — dijo en tono untuoso.

— De modo que usted ha apreciado mi franqueza, ¿ no es así, señor Key?

— Salta a la vista, doctor.

— Muy bien, en tal caso, no le extrañará oírme lo siguiente: ¡O se va de aquí ahora mismo o lo saco a puntapiés a la calle!

Key se irguió, a la vez que enrojecía.

— Doctor, no creo que tenga derecho a...

— ¿Se va o lo echo? — le atajó Barr, imperturbable.

Key se puso en pie.

— Prefiero no dar un espectáculo en presencia de una dama tan distinguida. Señorita Croy't, ha sido un placer conocerla a usted, cosa que no puedo decir del doctor Barr. —Miró al joven con gesto retador y concluyó—: Yo también soy sincero.

— Si no se larga pronto de aquí, será un hombre apaleado — gruñó el joven.

Key hizo caso de la sugerencia y se retiró, seguido de sus dos acompañantes. Desde la puerta, se volvió y miró a la pareja de una forma muy singular.

A Barr, aquella mirada le dio frío.

CAPÍTULO VII

Barr lanzó la servilleta contra la mesa y emitió un bufido de cólera:

— Ese tipo me ha estropeado la velada — masculló.

— ¿Por qué? — inquirió Jana—. A mí me ha parecido muy simpático. Me ha besado la mano y eso no se estila en Dritnr, Dan.

— Tampoco, seguramente, se estila lo que él hace, Jana.

— ¿Qué hace, Dan?

— Espía, seguro. ¿Es que no lo has visto? Quería comprarme para que yo sonsacara al profesor. Su máquina debe ser un invento maravilloso y él quiere conseguirlo, seguramente, no con buenos propósitos.

— Espía — repitió Jana —. ¿ Qué es eso, Dan?

Barr levantó las manos al cielo.

— Ya esta chica la llaman exploradora galáctica — clamó —. Bueno, lo que hace Key es, más o menos, lo que tú haces, aunque en un ámbito mucho más reducido. Y con fines nada honestos.

— A mí me parece que te equivocas. El señor Key es un hombre sincero y honrado.

— Jana, será mejor que dejemos este asunto de lado. — Barr consultó su reloj —. Son ya las dos de la tarde y hemos de ir a visitar al profesor Ivdor.

— Como tú digas, Dan.

Barr abonó la cuenta y su mal humor subió de punto cuando comprobó que Key no había pagado el champaña.

— Así, yo también sería generoso — refunfuñó.

Salieron del restaurante. Jana preguntó cómo iban a desplazarse hasta la residencia de Ivdor.

— Tengo mi coche en un garaje cercano — contestó él.

— Pero el camino es muy malo...

— Es un «todo terreno». Yo lo uso casi solamente para mis excursiones cuando son demasiado largas.

¿Minutos más tarde, se sentaban en el vehículo. Barr dio el contacto y pisó el acelerador. Silencioso, sin sacudidas, el automóvil se puso en marcha.

De súbito, Barr recordó una cosa.

— Jana, tú has dicho antes que eres... ¡tridoctora en Hiperfísica-Dos! —exclamó—. ¿Quieres decirme qué diablos es eso?

Ella se echó a reír.

— Es la traducción, a tu idioma, de mi título científico—contestó—. Los tres doctorados se unen en uno solo y la ciencia que estudié es, diríamos, muy similar a la vuestra, pero de un alcance técnico doblemente superior.

— Tres doctorados — resopló él.

— Sí. Luz, Tiempo y Espacio, los tres factores esenciales, e imprescindibles, en la navegación interestelar.

— Lo del Tiempo y el Espacio lo entiendo. Pero, ¿y la Luz?

— La luz, Dan, es una fuerza, una energía, y sin ella, nuestras naves no podrían moverse por el espacio, al menos, a las velocidades requeridas para viajar entre los distintos sistemas solares.

— Vamos, viajáis cabalgando sobre la luz.

— En cierto modo, si bien no es una definición exacta. Yo diría más bien que lo hacemos al modo de una piedra plana lanzada contra las aguas quietas de un estanque. Rebota muchas veces, aunque, carente de propulsión propia, acaba por hundirse. En nuestras naves, cada uno de esos rebotes es una toma de energía. ¿Lo entiendes ahora?

— Muy simple, pero perfecta e inteligible descripción de vuestros sistemas de navegación — calificó Barr.

* * *

El coche se detuvo a pocos pasos de un gran cartel situado a un lado del camino que conducía a la casa del profesor Ivdor y que contenía un aviso nada tranquilizador:

¡ATENCIÓN!
A 50 METROS
VALLA RADIOELECTRIFICADA
¡DETÉNGASE! ¡PELIGRO DE MUERTE!

Para llamar, apriete el pulsador.
Aguarde quieto la respuesta.

— ¡Caramba, sí que toma precauciones el profesor!

— Muy lógicas, me parece — contestó Barr, a la vez que abría la portezuela del coche.

Se acercó al poste y apretó el pulsador, situado en el centro de

un amplio círculo rojo, muy visible. A los pocos segundos, sonó una voz, que brotaba de un altoparlante instalado en el mismo poste:

— Estoy ausente, estoy ausente. No sé cuándo volveré, no sé cuándo volveré. Grabe su nombre, dirección y motivos de la visita; yo le llamaré a mi regreso. Grabe su nombre...

Barr masculló un taco, mientras el altavoz continuaba repitiendo las instrucciones en tono monocorde. A los pocos segundos, la voz dijo:

— Adelante, ya puede grabar sus datos personales.

— Doctor Daniel Barr, Rathenor Place, doscientos diez, número de videófono A-E-1601. Motivos, entrevista personal sobre temas de Hiperfísica.

— Mensaje grabado. Le llamaré cuando regrese — contestó el altavoz.

Barr se volvió hacia la joven.

— ¿Has oído? — preguntó.

— Sí — contestó ella —. Por lo visto, Ivdor no quiere que nadie curiosee en su casa durante su ausencia.

— Yo también haría lo mismo, si estuviese en su pellejo — refunfuñó el joven—. Volvamos a casa, Jana

— Aguarda un momento — pidió ella —. Quiero examinar la cerca radioelectrificada.

Y echó a correr antes de que Barr pudiera detenerla.

— ¡ Cuidado ¡ Puedes morir abrasada! — gritó.

A poco más de cuarenta pasos, Jana se detuvo, contemplando los altos postes, gruesos de más de medio metro cada uno y de los cinco metros de altura, que formaban la valla que cercaba la casa en toda su extensión. Desde la valla al edificio había unos cien metros, aproximadamente.

Los orificios de proyección de la corriente irradiada eran claramente visibles en el centro de los costados de cada poste. La distancia entre cada cable invisible no era superior a los veinticinco centímetros y entre poste y poste había unos treinta pasos.

— Es electricidad radiante e invisible, por tanto — dijo Barr, al llegar junto a la muchacha—. Probablemente, a tres mil voltios de tensión.

— Un obstáculo difícil de franquear — calificó Jana.

— Imposible — puntualizó él.

Buscó una rama seca y la arrojó hacía delante. La rama se incendió con súbita y espectacular llamarada.

— Ivdor protege bien sus secretos — dijo ella —. Por lo visto, teme que se los roben.

— Después de la entrevista con Key, no me cabe la menor duda — contestó Barr—. Vámonos ya; esperaremos en casa la llamada del profesor.

— Aguarda un momento, Dan — rogó Jana.

Cortés, Barr esperó, mientras que Jana estudiaba

la casa. Había un sector completamente corriente, con la apariencia de una residencia campestre, pero adosado a uno de los extremos había un aditamento que parecía un granero de tamaño mayor que lo ordinario.

El segundo edificio tenía unos nueve metros de altura por doce o catorce de largo y diez de anchura. No se veían en él puertas y ventanas de ninguna clase, lo que hizo que Barr dedujera que la entrada se efectuaba por la casa. El tejado del supuesto granero era, o imitaba, a la pizarra y estaba construido a dos aguas.

— Ahí debe de estar la máquina, ¿no crees? — dijo Jana, después de algunos minutos de silencio.

— Posiblemente, pero, ¿quién lo asegura?

— Será interesante echar un vistazo a ese artefacto que, según tú, causó la destrucción de la vida humana en tu planeta. Bien, regresemos, Dan; ya llamará el profesor cuando vuelva.

Momentos después, un tanto decepcionados, emprendían la marcha en sentido opuesto.

* * *

Transcurrieron tres días.

A Barr se le llevaban los demonios.

Había esperado inútilmente una llamada del profesor Ivdor. Después de veinticuatro horas, Barr había llamado personalmente a la casa de Ivdor, sin recibir la menor respuesta.

Durante las cuarenta y ocho horas siguientes, sus llamadas habían sido continuas. El silencio de Ivdor se le antojaba sospechoso, más que sorprendente.

Jana anunció que iba a salir.

— Quiero conocer algunos aspectos de tu civilización — manifestó —. Arte, sobre todo.

— El museo está a diez manzanas de distancia — gruñó él —. Además de las salas de pintura y escultura, tienes otra de música y otra de proyecciones culturales. Naturalmente, también hay una biblioteca, con libros normales o en microfilm, a tu elección.

— Pasaré unas horas muy entretenidas — aseguró ella, sonriendo deliciosamente.

Para distraer la espera, Barr llamó a su prometida.

— Ah, de modo que eres tú — dijo Marcia—. Has perdido el tiempo, Dan.

— Bueno, yo querría explicarte...

— No necesito tus explicaciones — le atajó ella rápidamente—. Has valorado en muy poco mi capacidad de olvido. ¡Adiós!

Marcia cortó la comunicación. Había hablado con la cara un tanto cerca del objetivo y, al terminar, se enderezó, permitiendo que la cámara captase un campo mayor. Durante una fracción de segundo, Barr pudo divisar a un hombre al fondo de la estancia donde se hallaba Marcia.

El sujeto estaba preparando dos copas. Barr frunció el ceño. Aunque sólo le pudo ver casi de espaldas, con muy poco perfil, le pareció que su cara le resultaba conocida.

«¿Era Key?», se preguntó.

Pero al no tener seguridad de ello, se encogió de hombros.

«No ha perdido tiempo en consolarse», mascculló.

Encendió un cigarrillo. De pronto, se le ocurrió una idea.

«¿Y si Ivdor no quiere contestarme?», se preguntó. «Parece raro que no haya vuelto a su casa en tres días...»

No tardó mucho tiempo en tomar una decisión. Momentos después, el ascensor le conducía al sótano del edificio donde dejaba su coche.

Una hora más tarde, avistaba la casa del profesor en las inmediaciones, entre los árboles. Refrenó la marcha, a fin de apearse en las cercanías del poste indicador.

Había que tomar una pequeña curva y detenerse casi en seguida. Al hacerlo, vio otro coche parado junto al poste.

Detuvo el suyo y saltó al suelo. El coche estaba vacío, pero había dos hombres un poco más allá, junto a la valla electrificada.

Debían de esperar a que el profesor cortase la corriente, dedujo. Caminó irnos cuantos pasos más y reconoció a los dos acompañantes de Key.

Ellos le reconocieron también. Uno metió la mano en el bolsillo y sacó una pistola.

— Largo, entrometido — dijo con voz hosca y cara de pocos amigos.

— No sé qué... — empezó a decir Barr, pero el sujeto no le dejó seguir.

Apretó el gatillo. La bala se estrelló en el suelo, a los pies del joven.

— ¡He dicho que se largue! —rugió.

Barr pegó un salto.

— ¡ Esos no son modales! — protestó.
— Si lo prefiere, el próximo irá a su tripa — dijo el sujeto.
— No, de ningún modo prefiero un tiro en el estómago. Ustedes dispensen, amigos.
Barr retrocedió sin perderles de vista y volvió junto al poste indicador. De repente, se le ocurrió una idea.
Los dos individuos habían relajado su vigilancia. Barr abrió la portezuela del vehículo, dio el contacto y empujó a fondo la palanca de conducción automática.
El coche arrancó en el acto. Sonó un grito de alarma:
— ¡ Eh, tú, mira lo que se nos viene encima!
Precavido, Barr se zambulló detrás de unos arbustos, justamente cuando sonaba un disparo. La bala silbó demasiado lejos.
Barr oyó voces de susto.
—¡ Aparta!
— ¡Larguémonos, Crain!
Lanzado a unos cincuenta o sesenta kilómetros por hora, el automóvil siguió adelante hasta chocar con los rayos de electricidad invisible. Hubo una serie de chispazos aterradores, mezclados con ensordecedores estallidos, y luego el coche empezó a arder de forma espectacular.
Barr gateó por el suelo, en busca de un refugio. Tenía la seguridad de que los esbirros de Key, furiosos, le buscarían para saciar en él su cólera. Pero no había contado con un factor completamente inesperado.
Un hombre salió de la casa, armado con un viejo rifle, y empezó a gritar y a proferir maldiciones, al mismo tiempo que disparaba el arma furiosamente. El rifle tenía un mayor alcance que las pistolas y sus balas empezaron a silbar amenazadoramente por todas partes.
Los sujetos, más coléricos que asustados, pero con la suficiente discreción para saber que no podían luchar contra el hombre del rifle, escaparon a la carrera. Las balas, desde luego, pasaron lejos de Barr, pero no había contado con la adversidad.
Había destruido un vehículo, pero perdió el suyo. Antes de que pudiera evitarlo, la pareja de esbirros saltó al coche y escapó, dejando a Barr entregado a la poco agradable tarea de buscar las frases más adecuadas para desahogarse.
Al quedarse solo, salió al camino con la intención de llamar al profesor. Ahora ya sabía que Ivdor estaba en su casa y que, además, no sólo no quería recibir visitas, sino que ahuyentaba a tiros a los curiosos.
De pronto, un extraño vehículo apareció por la parte posterior



de la casa y, tras un pequeño rodeo, se encaminó hacia la valla.

CAPÍTULO VIII

Era una especie de pala mecánica, dotada, según pudo ver Barr a los pocos instantes, de un potente extintor de incendios. Ivdor apagó el fuego y luego empujó al automóvil destruido fuera del camino.

— ¡ Profesor! — gritó Barr.

Ivdor le miró sorprendido desde el asiento del conductor.

— ¿Qué diablos quiere usted? — preguntó de mal talante, a la vez que echaba mano del rifle.

—Aguarde un momento, profesor — pidió Barr—. Usted me conoce a mí. Yo no vengo como ladrón. Soy su amigo. Me llamo Daniel Barr...

Ivdor entornó los ojos, como para ver mejor. Era un sujeto de aspecto más bien estrafalario, casi calvo y con gafas de cristales que tenían, al menos, un centímetro de grosor. Sin soltar el rifle, contempló al hombre que avanzaba hacia él con las manos en alto.

— Soy el doctor Barr—repitió el joven—. Usted y yo nos hemos visto en un par de ocasiones. Deseo hablar con usted, profesor.

— Barr—dijo Ivdor—. Sí, el nombre me suena... Ah, usted es el que se graduó como doctor en Hiperfísica con una tesis disparatada.

— Bueno, profesor, los que leyeron esa tesis hicieron grandes elogios...

— También el burro, si pudiera hablar, haría elogios de la cebada — cortó Ivdor mordazmente —. Y bien, ¿qué es lo que quiere usted, mi analfabeto amigo?

Barr procuró armarse de paciencia.

— Profesor, le ruego unos minutos de su tiempo. Hace tres días que vine a verle y...

— Ah, sí, recuerdo la grabación de su llamada. Pero ahora ya no atiendo a ninguna llamada. Tengo puesto ese cartel para que no me molesten, simplemente.

— Creo que debiera escucharme, profesor — insistió Barr —. Lo que tengo que decirle es algo de suma importancia.

— ¡ Bah, paparruchas! — farfulló Ivdor—. Mire, Barr, no tengo esta pala mecánica sólo por capricho. En menos de dos años, se han

estrellado ya cuatro o cinco coches contra mi valla radioelectrificada.

La máquina retrocedió.

— Y pienso seguir encerrado aquí, hasta que culmine mis trabajos — añadió a grito pelado.

— ¡ Son los trabajos para destruir la Humanidad, profesor! — dijo Barr, muy excitado.

— No sea idiota. Su absurda tesis doctoral se le ha subido a la cabeza — contestó Ivdor—. Si de mí hubiera dependido, la habría echado al fuego. Usted hubiera ido a labrar los campos... ¡delante del arado, naturalmente!

La pala continuó su retroceso hacia el edificio.

— Y no intente atravesar la cerca — gritó Ivdor —.

Dispararé sin remilgos, créame.

— Puedo venir otro rato...

— Ya tengo los fusibles preparados — contestó el irritado profesor—. Así que atrévase a cruzar la valla o se tostará con tres mil voltios.

Barr quedó en el mismo sitio, rumiando su impotencia. Momentos después, hizo una prueba con una ramita seca.

La ramita ardió instantáneamente.

«Al profesor no le hace falta un ángel con espada de fuego para mantenerse encerrado en su paraíso», masculló, a la vez que daba media vuelta para emprender el regreso a la ciudad.

A pie y muy defraudado.

* * *

Llegó a casa bastante cansado.

Jana no había llegado aún. Barr se sirvió una copa y luego fue al baño, en donde una larga ducha le reanimó muchísimo.

Al terminar, se cambió de ropa. Estaba terminando de vestirse, cuando oyó voces en el salón:

— Pasa, pasa, Lester—dijo Jana—. Yo no entiendo mucho, pero creo que tú sabrás preparar dos copas como es debido.

— Será un placer — contestó el acompañante de la joven.

Barr se quedó rígido. Aquella voz...

De un tirón, se subió el cierre relámpago de su mono. Luego abrió la puerta.

— Ha sido una velada deliciosa, Lester — decía Jana en aquel instante.

— Lo celebro infinito — contestó Key—. Mañana, si lo deseas, podemos continuar. La ciudad tiene lugares encantadores, que

debes conocer, estimo.

— Será un placer, Lester.

Key entregó una copa a la joven.

— Ha sido una maravillosa coincidencia que nos encontrásemos en el Museo — manifestó.

— Sí, sobre todo, teniendo en cuenta que alguien vigilaba a la señorita Croy't y que le avisó de que entraba en el Museo — dijo Barr inopinadamente.

lana lanzó un gritito a la vez que se ponía en pie de un salto.

— ¡Dan! ¡No sabía que estuvieras en casa!—exclamó.

— Lo mismo podría decir tu acompañante, ¿no es así, señor Key?

El huésped había dejado de sonreír.

— Creo que usted me interpreta mal, doctor — respondió.

— ¿De veras? — Barr sonrió irónicamente—. ¿Puede decirme qué hacían sus dos esbirros intentando entrar sin permiso en casa del profesor Ivdor?

Key se puso rígido. Jana miró al joven con expresión de asombro.

— ¿Es cierto lo que dices, Dan? — preguntó.

— Acabo de regresar de allí — contestó él —. He hablado en persona con Ivdor.

— Interesante — murmuró Key —. ¿Qué le ha dicho?

— Me echó a tiros de rifle, lo mismo que a sus dos empleados.

Key apretó los labios.

— Creo que usted y yo debiéramos de habernos entendido, en lugar de pelearnos por la misma cosa — dijo.

— Señor Key, ignoro por qué pelea usted — respondió Barr—. En cuanto a mí, lo hago por salvar a la Humanidad de la destrucción total.

Key miró al joven con asombro. Luego volvió los ojos hacia Jana.

Ella hizo un gesto de asentimiento.

— Dice la verdad, Lester — afirmó.

— ¡Bah, tonterías! —resopló Key—. En el fondo, es una cuestión de dinero. De muchísimo dinero, ciertamente, pero nada más.

Giró sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta.

— Veo que estorbo — se despidió —. Jana, te llamaré mañana.

— Como quieras, Lester — contestó ella.

Barr y Jana quedaron solos. La joven parecía avergonzada.

— Vaya un explorador espacial que estás hecho

— refunfuñó Barr—. Te dejas engañar por el primer tipo de cara

atractiva y mucha labia.

— Bueno, Lester se ha portado muy cortésmente conmigo en todo momento. Y el encuentro fue casual...

— No me hagas reír, Jana. El asunto es más serio de lo que pensamos. ¿Te das cuenta de que ya sólo tenemos siete días por delante para evitar la ruina del planeta?

— Sí, pero si Ivdor no quiere recibimos...

— Esta misma noche, tú y yo iremos a verle, aunque lleguemos de madrugada. Y entraremos en su casa, puedes creerme.

— ¿Cómo lo conseguiremos, Dan? ¿Quieres que vaya a por mí nave?

— No, no será necesario. Resultaría demasiado trabajoso y comprometedor. Pero antes quiero averiguar algo que me interesa muchísimo.

* * *

Un rostro conocido apareció en la pantalla del videófono a los pocos segundos de haber marcado Barr el número deseado. Jana identificó en el acto al inspector Vince.

— ¿Qué tal, doctor? — saludó Vince amablemente —. ¿ Puedo serle útil en algo?

— Así es inspector, si no le resulta demasiada molestia...

— Será un placer. ¿De qué se trata, doctor?

— En primer lugar, y aunque no es de su competencia, le diré que me han robado el coche. Los autores del hecho son dos empleados de un tal Lester Key. Lo digo, porque pude verlo, pero no impedirlo

— Key — repitió Vince pensativamente —. Le conozco, doctor.

— ¿A qué se dedica ese sujeto?

— Oficialmente, tiene una agencia de investigaciones. Menos oficialmente, por supuesto, se dedica al espionaje industrial.

— Ah, eso aclara muchas cosas, inspector. Está bien, muchas gracias.

— ¿ No quiere nada más de mí, doctor? — se extrañó Vince.

— Es suficiente, muchas gracias, Vince.

— Pero la matrícula de su coche...

Barr sonrió.

— No se preocupe. Después de lo que me ha dicho, preveo que Key ordenará a los ladrones que me lo devuelvan. Gracias de nuevo.

Cortó la comunicación y se volvió hacia Jana, que aparecería sumamente intrigada.

— ¿Qué quiere decir espionaje industrial? — preguntó.

— Luego te lo explicaré — respondió el joven —. Ah, menos mal que Key no llegó siquiera a beberse su copa. Yo pagué el licor, sabes?

— No creo que eso tenga importancia, Dan.

— Para mí, sí, porque Key es de los sujetos a quienes no se les puede siquiera invitar a una cosa. Y ahora empiezo a comprender los motivos de su estancia en casa de mi ex prometida.

— Voy de sorpresa en sorpresa, Dan — manifestó ella—. ¿Cómo sabes que Key estaba en casa de tu novia?

— La llamé esta tarde, a poco de haberte ido tú — respondió Barr —. Marcia me envió a paseo, pero antes de cortar la comunicación, pude ver a un tipo en su casa a través del videófono. Entonces me pareció Key, si bien no pude asegurarlo. Ahora, sí, estoy completamente seguro de que era él.

— De acuerdo, Dan, de acuerdo — dijo Jana —. Pero ¿ qué tiene que ver Marcia con Lester Key?

— Aparentemente, nada. Pero cuando uno piensa en el padre de Marcia...

— ¿El padre de Marcia?

— Sí, el ilustre Brandon Washington Harris, presidente de las «Empresas de Electricidad y Energía Reunidas». Suministran fuerza y luz a una vasta zona del territorio, aparte de otras empresas filiales, repartidas por distintos ámbitos del país y aún de la Tierra. Una empresa poderosísima, de la que el padre de Marcia es no sólo cabeza visible, sino director con poderes casi absolutos.

— Bueno, pero, a pesar de todo...

— A pesar de todo, si Key estaba con Marcia, si Key se dedica al espionaje industrial, si sus secuaces, ayudantes o como quieras llamarlos, querían entrar en casa del profesor Ivdor, la deducción inmediata es que uno de los objetivos de esa misión que Harris le ha confiado, es de conseguir, por lo menos, los planos, esquemas y cuantas anotaciones existan sobre la máquina de Ivdor. ¿Comprendes ahora en qué consiste el espionaje industrial?

— A la perfección, Dan — respondió Jana—. Y por dicha razón, nosotros vamos a entrar en la casa del profesor.

— Justamente. Para hacer la competencia a Key, aunque con unos fines muy distintos — corroboró el joven.

CAPÍTULO IX

Jana se estremeció al llegar a pocos pasos de uno de los postes de la valla radioelectrificada.

— Nos vamos a asar — murmuró, temerosa.

Barr sacó un trozo de papel y, arrugado a medias, lo lanzó hacia adelante. El papel se incendió con breve llamarada.

— La valla está en actividad — dijo, impasible.

Se acercó al poste. Tanto él como Jana, llevaban botas con gruesa suela de goma y guantes del mismo material. En las manos tenía una escala de cuerda, provista de un gancho en uno de sus extremos.

La misma anchura del poste, en cuyo interior se hallaban los mecanismos de irradiación de la corriente eléctrica, les permitiría escalarlo sin grandes dificultades, aunque con un máximo de cuidado. Lanzó el gancho hacia arriba y lo sujetó al segundo intento.

— Tú subirás primero, Jana — decidió—. Toma esta otra escalera, para que bajes por el lado opuesto.

Ella, tras un ligero titubeo, accedió. Momentos después, había franqueado la valla.

— Ha sido más fácil de lo que pensaba — dijo, cuando Barr se hubo reunido con ella.

— Ivdor debió de haberlo previsto — contestó él —. Claro que, a fin de cuentas, en ciertos aspectos tiene una mentalidad de chiquillo.

— Los postes podían ser más delgados...

— En tal caso, la valla tendría que ser con cables. El grosor de los postes es indispensable si se quiere utilizar la electricidad irradiada.

Jana asintió. A los pocos momentos, llegaban a la casa.

El silencio era total, apenas interrumpido por el rumor de las hojas de los árboles, movidas por una ligera brisa. La luna, en plenilunio, permitía una visión casi perfecta.

Barr tanteó un par de ventanas. Halló una con el bastidor suelto y lo levantó silenciosamente.

Pasó al interior. Jana le siguió sin hacer ruido.

El joven encendió una lámpara eléctrica que había llevado a prevención. Pisando con cautela, atravesaron un par de habitaciones y, al fin, se detuvieron ante una puerta de hierro de grandes dimensiones.

La puerta era de Una sola pieza. Barr apreció en seguida que se abría por deslizamiento.

Buscó los costados. Había un botón, pero titubeó antes de tocarlo.

— ¿Y si es una alarma? — murmuró.

Pero no se veía otro mecanismo que permitiera abrir la puerta. Barr se decidió y empujó a fondo con el índice.

La pesada mampara de hierro se deslizó en silencio a un lado. Barr avanzó dos pasos, asomó la cabeza y vio un interruptor a su izquierda.

Un segundo más tarde, se encendían varios poderosos focos, que producían un gran resplandor. Barr y Jana se quedaron absortos, estáticos ante el enorme artefacto que se alzaba ante ellos.

Era un confuso amasijo de cables, viguetas perforadas y lisas, bobinas de grandes dimensiones, cajones metálicos, generalmente de forma cúbica, unidos entre sí por tubos también de metal y gruesos cables y, en el centro de todo el conjunto, una enorme esfera de casi cuatro metros de diámetro.

En realidad, no era una esfera, sino un poliedro de varios miles de caras. Decenas de cables y tubos de todos los tamaños salían de su interior y enlazaban con los cubos de metal o con las bobinas, de las que había al menos una docena, todas de las mismas dimensiones.

El conjunto estaba sostenido por cuatro sólidas patas, de un metro de longitud. En el centro de la parte inferior, había un gran disco de siete metros de diámetro por medio de grueso.

La altura total de la máquina era de unos diez metros, y su anchura era análoga. Tanto para Barr como para Jana, el artefacto les resultaba algo absolutamente incomprensible, fuera del alcance de sus mentes.

— En Dritnr no he visto nada parecido, Dan — confesó ella.

— Estamos igual — respondió Barr —. Sólo el profesor conoce su objeto, Jana.

— Y no pienso decírselo, como pueden comprender fácilmente.

* * *

Barr levantó las manos apenas oyó la voz de Ivdor.

— Nos ha pescado, Jana — dijo.

Ella le imitó en el acto.

— Somos sus prisioneros, doctor — declaró.

Ivdor lanzó un bufido.

— Ahora se ha traído compañía, doctor — masculló—. ¿Quién es esa chica que le acompaña?

— ¿Se lo digo, Jana? — consultó Barr.

— Sí, Dan. Aunque me imagino que no se lo va a creer.

— ¿ Podemos volvemos, doctor?

— Sí. Quiero verles las caras, sobre todo a ella.

Barr y Jana dieron media vuelta. Ivdor les contemplaba hostilmente, con un revólver en la mano, tan antiguo y eficaz como su rifle.

— Bueno, ¿quién es la chica, doctor? — refunfuñó.

— Jana Croy't — dijo Barr, añadiendo ahora el número del apellido de la joven—. Tridoctora en Hiperfísica-Dos.

— ¿ Eh? ¿ Quieren burlarse de mí?

— Jana, díselo tú, anda — habló Barr resignadamente.

— Mi título está expedido por la Universidad Interestelar de Dritnr, noveno planeta del Séptimo Sistema de la estrella que ustedes llaman Alfa de Vega — explicó Jana.

Ivdor se quedó con la boca abierta.

— Doctor, esa chica está loca — barbotó

— ¿Lo ves, Dan? Ya te dije que no se lo creería — exclamó Jana.

— De todas formas, es lo mismo. Ustedes han venido aquí a espiar — dijo Ivdor.

— Lo admitimos — respondió Barr—. Pero no somos los únicos.

— Sí, ya me lo supongo. Tengo pruebas de ello... pero, ¿cómo diablos han conseguido salvar la cerca?

— No es tan difícil, profesor. Los postes son demasiado gruesos.

— Me parece que entiendo. Bien, tendré que buscar otro medio de evitar intrusos. De todas formas, ya hemos terminado de hablar. Salgan y no vuelvan más por mi casa. La próxima vez, dispararé sin previo aviso.

— Un momento, profesor — exclamó Jana—. Todavía no hemos terminado.

— Ustedes, quizá no, pero yo sí. ¡Salgan! —tronó Ivdor.

— Vamos, Jana. Con este hombre, es inútil tratar. Los dos jóvenes echaron a andar. Barr buscaba la

ocasión de desarmar a Ivdor, pero éste mostró listeza y se mantuvo en todo momento a dos metros de la pareja.

— Profesor, hoy estamos a diecinueve de mayo

— dijo Dan, mientras caminaban en busca de la salida—. El veintitrés, si no lo remediamos, se producirá la muerte de casi seis mil millones de personas.

— Si no me dolieran las muelas, me echaría a reír — contestó Ivdor con malévolo sarcasmo—. ¿A quién quieren hacerle tragar ese cuento?

— No insistas, Dan — dijo la muchacha.

Llegaron a la puerta.

— Profesor, ¿ ha tenido usted tratos alguna vez con Brando W. Harris? — preguntó Barr de repente.

Ivdor respingó.

— ¿ Cómo diablos se ha enterado? — preguntó.

— Me lo suponía, simplemente. Entonces, es cierto que usted y Harris...

— Sí, conversamos acerca de mi máquina, pero no llegamos a ningún trato. No, señor; mis propósitos son muy distintos de los que abriga ese buitre de Harris — contestó Ivdor.

— Y... ¿cuáles son los propósitos de Harris, profesor?

— Pregúnteselo a él, ¿quiere?

— Buena idea, profesor.

Ivdor alargó la mano izquierda y bajó un interruptor.

— Les concedo un minuto para salir — dijo —. Pasado ese plazo, conectaré de nuevo la corriente... ¡y si se han quedado dentro, la emprenderé a tiros con ustedes dos!

— Vamos, Jana — exclamó Barr, a la vez que agarraba la mano de la joven.

Corrieron a la mayor velocidad posible.

— Nos han sobrado cuarenta segundos — dijo Barr, jadeante, al hallarse en seguridad.

— Y este viaje también nos ha sobrado, Dan — se quejó Jana, decepcionada.

— No lo creas, preciosa. Ivdor me ha dado una buena idea y la pondré en práctica hoy mismo.

— ¿ Piensas ir a visitar a Harris?

— Justamente.

Barr abrió la puerta de su coche, el cual, como había profetizado, estaba en el garaje de su casa al salir para dirigirse a la del profesor. Jana, muy deprimida, se sentó en el sitio contiguo al del conductor.

— No me explico cómo pudo sorprendemos — dijo, cuando Dan hacía arrancar el coche.

— Seguramente, el mecanismo de abertura está conectado a Una

alarma — respondió él—. No importa que suene si abre él la puerta, ¿comprendes?

Jana asintió en silencio. Barr continuó:

— Ahora descansaremos un rato. Después, tú acudirás a la cita con Key.

_ Ella se sorprendió.

— Creí que no querías que le volviera a ver — dijo.

— Eso era antes de recibir los informes del inspector Vince.

— Entiendo. ¿ De qué hablarás con Harris, Dan?

— Todo depende de las respuestas que él quiera darme — contestó Barr.

* * *

Brandon W. Harris no demoró mucho recibir a su visitante, cuando le anunciaron su nombre. Barr apenas si tuvo que esperar un par de minutos en el antedespacho.

— Celebro verte, Dan — dijo el padre de Marcia—. Creo que mi hija y tú habéis disputado. Cosas de jóvenes, por supuesto.

— Señor Harris, .cuando una chica tira la sortija de prometida a la cara de su novio, el suceso se llama ruptura de compromiso — contestó Barr.

— Sí, algo de eso me ha dicho Marcia. Pero tú la conoces bien; es muy voluntariosa y poco dada a recibir consejos, así que, lamentándolo mucho, temo que no voy a poder hacer nada en tu favor.

— No he venido por Marcia, señor Harris — dijo el joven—. El asunto que me trae aquí es completamente distinto.

Harris enarcó una ceja. Era un sujeto grueso, de mandíbula agresiva y ojos grises y penetrantes.

— ¿ Entonces...? — murmuró.

— El asunto se llama profesor Ivdor, señor Harris.

Hubo un momento de silencio. Harris y el visitante se contemplaron con recíproca fijeza.

— Ah, sí, Ivdor — dijo Harris al fin, tras un innecesario carraspeo.

— En efecto, Ivdor.

— Bueno, Dan, y... ¿y qué es lo que quieres de mí en relación con ese chiflado?

— Simplemente, saber por qué quiso tener tratos con él y también conocer los motivos de la negativa de Ivdor.

Harris calló nuevamente.

Barr adivinó que el opulento financiero no quería darle una

respuesta concreta.

— ¿Y bien, señor Harris? — dijo, al cabo de unos instantes de silencio.

— Dan, el hecho de que tú y Marcia hayáis sido prometidos no te autoriza a formularme determinadas preguntas — dijo Harris en tono glacial —. Lo más que te diré es que quise dar un buen empleo a Ivdor, pero él se negó rotundamente.

— Por supuesto, ese empleo era el pago de la patente de la máquina que está construyendo, ¿verdad?

Harris apretó los labios, a la vez que alargaba una mano para tocar un timbre. La puerta se abrió a los pocos segundos y la secretaria asomó la cabeza.

— ¿Señor Harris?

— Ann, el doctor Barr se marcha — dijo el financiero.

— Sí, señor Harris.

Barr se puso en pie.

— ¿Le cuestan mucho los servicios de Lester Key, señor Harris? — preguntó incisivamente.

— Dan, además de mi secretaria hay guardias armados en la empresa — contestó Harris.

— Sí, los he visto por algunos sitios. Bueno, no le extrañe si Key le presenta, en su cuenta de gastos, el importe de un coche destruido. Pero dudo mucho de que Key consiga llevar a cabo la misión que usted le encargó.

Barr salió. Al cerrarse la puerta, Harris marcó un número en su línea particular.

— Key — dijo, cuando la comunicación estuvo establecida.

— ¿Señor Harris?

— Hay un tipo que me molesta. Se llama Dan Barr.

Key inspiró profundamente.

— Señor Harris, me gustaría que aclarase un poco más el sentido de sus palabras — dijo.

— ¿Lo cree necesario? Usted es un hombre de aguda inteligencia, Key.

— Gracias por el elogio, pero mi profesión es muy distinta de lo que usted quiere insinuar.

— Vamos, vamos, Key, no haga remilgos. En su profesión, a veces, es preciso hacer de todo. Siempre que se pague bien, por supuesto. Y le aseguro que no pondré el menor reparo a su minuta de gastos, por elevada que sea.

Key vaciló un instante.

— ¿Habla usted en serio, señor Harris? — preguntó.

— Hay cosas con las que no se puede bromear. Key.

— Le advierto que puede encontrarse con una factura de siete cifras, señor Harris.

— ¿Un uno y seis ceros?

— Sí.

— Aceptado, Key.

— Bien, en tal caso, empezaré a preparar todo para suprimir el estorbo. Pero le haré una advertencia, señor Harris.

—¿Sí, Key?

— Soy hombre que no tolera los engaños. Cumplo siempre mis tratos y espero que los demás hagan lo mismo.

— Le prometo solemnemente cumplir mi parte de este pacto, Key.

* * *

— Nada — dijo Jana, al reunirse de nuevo con Barr.

— La verdad es que, después de lo que ha pasado, poco nos importa ya, preciosa.

— Key se ha mostrado sutil, inteligente... y esquivo. Es un tipo muy astuto y no ha soltado prenda.

— No me extraña en absoluto — contestó Barr—. Por otra parte, temo que ni él mismo esté enterado por completo de lo que pasa.

— ¿Tú crees, Dan?

— Muy posiblemente, el único que sepa toda la verdad sea Harris, además, claro, del propio Ivdor. Harris es también lo suficientemente astuto como para no haber soltado prenda. A Key le habrá dicho que se trata de un invento de gran trascendencia, pero nada más. Y Key por otra parte, tampoco tiene por qué saber más ni le interesa. Lo que sí le interesa es lo que pueda cobrar por su trabajo, ¿comprendes?

Jana se mordió los labios.

— Extraño planeta la Tierra, en el que aún se usa algo tan anticuado como el dinero — comentó.

— Y es lo que más ambiciona la gente — suspiró Barr—. Por dinero se hacen muchas cosas, incluso cometer crímenes. Aunque también, claro está, sirve para muchas cosas buenas. ¿ No usáis moneda en Dritnr?

— Ya no — contestó la joven—. Yo no la he conocido, ni siquiera el bisabuelo de mi padre. Hay una gran producción de alimentos, muy racionalizada, claro está, y en todas las viviendas existen canales de distribución de comida y bebida. En cuanto a la ropa, por ejemplo, disponemos de una especie de cartilla, que nos

da derecho a cierto número de prendas al año. No se suele agotar el cupo, créeme.

— Un mundo maravilloso — dijo Barr—. Es de suponer que, aparte de la instrucción, que estará asegurada desde los primeros años de la vida de una persona, la sanidad será otra de las cosas que tenéis garantizadas.

— No hay problemas al respecto — sonrió Jana—. Aquí tenéis mucho que hacer todavía para alcanzar ese futuro.

— Indudablemente… pero tal como están las cosas, quizá no lleguemos nunca a ese futuro, Jana.

Ella se mostró repentinamente preocupada.

— Es cierto, Dan — convino —. ¿ Qué hacer?

— No lo sé. Sólo nos quedan cuatro días, apenas poco más de tres, en realidad, y no se me ocurre nada. Bueno—se corrigió él—, lo único que se me ocurre es una barbaridad.

— ¿Muy… gorda? — sonrió Jana.

— Volar ese artefacto infernal. Quiero decir, aplicarle una buena cantidad de explosivos y…

— No lo hagas — aconsejó la joven—. Correrías el peligro de provocar lo mismo que quieres evitar.

— Es cierto — murmuró él, con sombrío acento. !

— Pero quizá tengas otra solución. Dan.

— ¿Cuál? — preguntó Barr, algo más animado.

— Imagino que esa máquina debe funcionar mediante un suministro de energía, como todas, claro.

— Es de suponer, Jana.

— Esa energía será la electricidad. ¿Funcionará si le suprimimos la fuente de energía?

Los ojos de Barr brillaron de alegría.

— Es una magnífica idea — exclamó —. Sólo es preciso encontrar la fuente de energía, destruirla… ¡y la máquina de Ivdor será tan inútil como un montón de chatarra!

— Puedes estar seguro de ello, Dan — concordó la muchacha—. Ahora bien, antes de hacer nada, tienes que buscar lo más importante: la central de fuerza de la que se surte Ivdor.

— Probablemente, es autónomo en ese sentido. No vi postes con cables conductores ni tampoco antena para la recepción de electricidad radiante. Pero, además, aunque usara este último medio, sólo podría emplear la electricidad recibida en usos domésticos: luz, calefacción y demás. Para su máquina debe de necesitar una cantidad enorme de energía, lo mismo

« que para la cerca protectora, y los satélites emisores de

electricidad radiante no la suministran con un potencial tan elevado como el que Ivdor necesita.

— Lo cual hace suponer que tendrá su central en la propia casa — dijo Jana.

— No puede ser de otra manera — contestó Barr.

— Entonces, no se hable más. Mañana haremos una nueva incursión y trataremos de destruir su central de fuerza.

* * *

Los dos hombres caminaron cautelosamente a lo largo del pasillo y alcanzaron la puerta del departamento de Dan Barr. Frankie Thooney sacó del bolsillo un objeto semejante a un estetoscopio, lo aplicó a la puerta y escuchó unos momentos.

— No se oye nada, Crain — dijo al cabo.

Crain Reillis hizo un gesto de asentimiento. Sacó unas ganzúas de su bolsillo, probó dos o tres y acabó por encontrar la que convenía a la cerradura.

— ¿Lo tienes preparado, Frankie? — preguntó, con voz que era poco más que un susurro.

— Estoy listo, Crain.

Thooney tenía en las manos un paquete del tamaño de una caja de cigarros habanos, si bien algo más grueso. Reillis le sostuvo la puerta, mientras él avanzaba tres o cuatro pasos en el interior del piso.

La luz del pasillo alumbraba parcialmente la sala. Thooney eligió un diván y levantó uno de sus cojines, para colocar el artefacto debajo. Actuó rápida y silenciosamente y, en seguida, volvió a la puerta.

— Vámonos ya, Crain — dijo.

Reillis cerró con el mismo sigilo que a la llegada. Los dos hombres bajaron a la calle y entraron en el automóvil que les había traído hasta allí.

Thooney puso la mano sobre una caja de control, situada sobre el salpicadero, pero Reillis cortó su gesto con un rápido ademán.

— No, quieto — exclamó—. Mejor será que nos alejemos de aquí. De este modo, no podrán relacionarnos con lo que pase luego.

Tienes razón — convino Thooney —. Arranca ya.

El coche se alejó. A los pocos metros, Thooney preguntó:

— ¿Hará mucho ruido, Crain?

— Sólo el de los cristales cuando las emisiones alcancen su potencia máxima. Para entonces, Barr ya estará muerto.

Thooney alargó la mano y descolgó un teléfono.

— ¿ Jefe? — llamó.
— Key al habla — fue la respuesta inmediata.
— Todo listo — informó Thooney.
— ¿Ha funcionado ya?
— No. Estamos alejándonos. Lo haremos dentro de cinco o diez minutos, a buena distancia de la casa.
— Excelente idea. Gracias, Frankie. Nos veremos por la mañana.
— Sí, señor.
Thooney volvió el teléfono a su sitio.
— Crain, yo creo que deberíamos tomarnos una copa para... celebrar el negocio — propuso.
— ¿Antes o después? — preguntó Reillis intencionadamente.
— Antes. Por cinco minutos más, no va a pasar nada, hombre. Conozco un sitio que...

* * *

Barr despertó de repente, sintiendo una extraña punzada en el estómago.
— ¡Malditos pepinillos! —gruñó—. Con lo que me gustan...
Rezongando entre dientes, se levantó y fue al cuarto de baño, en donde ingirió una pastilla digestiva. El ardor de estómago desapareció a los pocos momentos.
— Bueno, menos mal — se dijo, satisfecho.
Fue a la sala, buscó un cigarrillo y lo encendió. El mechero le resbaló de pronto de los dedos, chocó contra la mesita y rebotó al suelo.
La voz de Jana sonó en el dormitorio de los huéspedes.
— No te preocupes — gritó Barr —. Soy yo. Estoy levantado.
Jana dijo algo que él no entendió. Barr se echó a reír.
— Será mejor que uses tu traductora automática — aconsejó—. Pero no te preocupes por mí y sigue durmiendo.
Ella volvió a hablar. Barr no dijo nada, aunque pensó que el idioma de Dritnr era muy enrevesado.
Aspiró una bocanada de humo y se dispuso a regresar a la cama. Entonces vio a Jana en el umbral de la puerta de su habitación, con la traductora en la mano.
Ella le preguntó algo. Barr se encogió de hombros.
— No te entiendo — dijo.
Jana levantó el aparatito. Parecía muy preocupada.
Barr frunció el ceño.
— Pues como se te haya estropeado, estamos apañados — gruñó —. Debiéramos haber intentado entendemos sin necesidad de

traductora… aunque con las prisas…

Jana hizo unos gestos extraños. De pronto, empezó a moverse por la sala.

Barr se dio cuenta de que buscaba algo. Una súbita sospecha se infiltró en su mente.

— Hay algo que interfiere la acción de la traductora — adivinó.

Jana continuaba buscando afanosamente. Barr se unió a ella en la búsqueda.

— Ese condenado Key es capaz de cualquier cosa…— mascullÓ.

De pronto, Jana levantó uno de los cojines del diván y descubrió la caja.

Barr lanzó una exclamación. Jana se arrodilló, hurgó con los dedos y consiguió levantar la tapa. Debajo vio un par de llaves.

— ¡Cuidado! —grito Barr, espantado.

Jana dio media vuelta a las dos llaves.

— Ya está — exclamó.

— Hombre, al fin te entiendo — dijo Barr, muy aliviado.

Ella se puso en pie.

— No sé qué habrá en esa caja, pero emitía ondas que interferían el funcionamiento de mi traductora — manifestó.

— Ahora lo comprendo — dijo el joven—. ¿Una bomba?

Jana se encogió de hombros.

— No es un artefacto construido en Dritnr — contestó.

Barr se acercó al diván y tomó la caja, examinándola con gran atención.

— Ya he perdido el sueño — dijo—. Tú puedes volverte a la cama. Yo tengo ahí un pequeño laboratorio de Física y voy a entretenerme en averiguar qué es este extraño artefacto.

— Lo han debido de poner mientras dormíamos — supuso Jana —. Yo oí ruido…

— Los pepinillos de la ensalada de la cena me hicieron daño — explicó él, con una sonrisa de circunstancias—. Es, probablemente, el único alimento que me da ardor de estómago. Me levanté a tomar un antiácido y…

— Cuando yo grité, preguntándote qué ocurría, y te escuché, sin entenderte, inmediatamente supuse que había interferencias. De ordinario, no sucede así; mi traductora está muy bien aislada en ese sentido. Pero ese artefacto debe de emitir unas ondas muy potentes.

— Es posible — admitió Barr con una sonrisa.

— Me pregunto quién lo habrá colocado — dijo ella.

Barr pensó inmediatamente en una persona.

— Key — respondió.

— De modo que ha sido él, ¿eh? — murmuró Jana.

— No hay otro nombre que citar, aunque es de suponer que lo haya hecho por encargo de Harris. Ya te dije que cuando me entrevisté con él acabó por mostrarse muy hostil.

— No me extraña en absoluto, si pensamos que él nos cree competidores. ¿Puedo pedirte un favor, Dan?

— Claro — accedió él.

— Cuando hayas examinado la caja, dámela.

— ¿Para qué? — preguntó Barr, extrañado.

Jana sonrió deliciosamente.

— Quiero tener el placer de devolvérsela en persona al remitente — contestó.

CAPÍTULO XI

Algunos de los empleados de las «Empresas Electricidad de Energía Reunidas» conocían a Barr. Andy McCaibbs era uno de ellos.

Barr confió en que McCaibbs desconociese todavía la noticia de su ruptura con Marcia Harris. Si lo sabía, su gestión podía verse muy comprometida.

Por el momento, era todavía el futuro yerno del jefe supremo. Esto valía algo... si McCaibbs no sabía nada.

McCaibbs ocupaba un puesto relativamente alto en la empresa, si bien tenía su despacho en el edificio de oficinas situado en lo más céntrico de la ciudad.

Sonrió alegremente al ver a Barr entrar por la puerta de su despacho.

— Es un placer verle, Dan — saludó—. ¿Quiere sentarse?

— Gracias, Andy. Yo también me alegro de saludarle.

— ¿Un habano? — propuso McCaibbs—. ¿O prefiere cigarrillos?

— Cigarrillos, gracias.

Los dos hombres encendieron sus pitillos. Luego, McCaibbs dijo:

— Bien, ¿y en qué puedo servir yo al que un día será mi gran jefe?

Barr se echó a reír.

— Andy, me gusta mucho mi independencia — contestó—. Aquí me sentiría tan libre como un canario en su jaula.

— Es probable que tenga razón, Dan, aunque andando el tiempo... Pero no ha venido a hablarme aquí de su futuro.

— Cierto, Andy. Quiero pedirle un favor.

— Si está en mi mano, concedido.

— Se trata de lo siguiente, Andy. Deseo saber si la empresa ha instalado una unidad independiente de energía en casa de un tal profesor Ivdor.

McCaibbs entrecerró los ojos.

— Ivdor — repitió—. El nombre me suena. . Sí, creo que sí, aunque si necesita detalles, tendré que pedir la carpeta correspondiente.

— Se lo agradecería infinito, Andy — contestó Barr.

— ¿Es que tiene problemas con él, Dan?

— Oh, no; precisamente, lo que busco es no tenerlos. Ivdor me ha propuesto colaborar con él en su laboratorio privado y, antes de darle una respuesta afirmativa, quiero saber con qué materiales cuenta. No me gustaría empezar con tacañerías; hay científicos que alardean de tener más de lo que tienen en realidad y luego vienen los fracasos.

— Claro, es lógico. Aguarde un momento, Dan, por favor.

— Rainer — llamó—, tráigame la carpeta del profesor Ivdor.

— Sí, señor — respondió el empleado.

Momentos después, la carpeta estaba sobre la

mesa de McCaibbs. Tras hojear su contenido unos momentos, McCaibbs dijo:

— Al profesor Ivdor se le suministró una unidad de fuerza tipo U.A.R.-15-D, con capacidad para generar un potencial de medio millón de voltios.

— No está mal — sonrió Barr—. ¿Qué combustible emplea ese generador?

— Uranio, por supuesto. Nosotros nos encargamos de reponer el combustible consumido y del mantenimiento y reparación del generador, en caso necesario. El funcionamiento del aparato, por otro lado, es prácticamente automático.

— O sea que Ivdor no necesita de nadie para hacerlo funcionar.

— Exactamente.

Barr hizo un gesto de fingida indecisión.

— No sé — dijo—. Para lo que yo quiero hacer, quinientos mil voltios no es mucho. ¿ Hay planos de *a* instalación en esa carpeta, Andy?

— Por supuesto, Dan.

* * *

— Vaya preparando el cheque, señor Harris.

— ¿Seguro, Key?

— El sol es menos seguro en su salida que yo cuando actúo — respondió Key enfáticamente.

— Está bien. Hoy mismo le enviaré el cheque. De todas formas...

— ¿Sí, señor Harris?

— No he leído nada en los periódicos.

Key soltó una risita.

— Estaban a punto de salir a la calle cuando ocurrió— dijo.

— Ah, claro. Bien, de todas formas, siga con lo que le dije en un principio.

— De acuerdo, pero tenga en cuenta que ese cheque que hoy me va a enviar es completamente independiente del otro encargo.

— No era necesario que me lo dijese. Adios, Key.

— Adios, señor Harris.

Key se frotó las manos al cortar la comunicación.

— De ese millón, me quedarán limpios ochocientos mil — se dijo.

El zumbador del interfono sonó en aquel momento. Key dio el contacto:

— ¿Qué pasa, Betty? — preguntó a su secretaria.

— Tiene una visita, señor. Es la señorita Jrfania

Crtrrdit... Perdone si no sé pronunciar el nombre, pero es tan enrevesado...

— Jrf... — Key renunció a repetir el nombre de su visitante—. Está bien, hágala pasar, Betty.

— Sí, señor Key.

La puerta se abrió instantes después. Key se quedó de piedra al reconocer a su visitante.

— ¡Jana! —exclamó—. Pero ¿qué clase de broma...?

— No es ninguna broma, Lester — contestó Jana, tras cerrar la puerta—. El nombre que has oído es el mío, pronunciado en mi propio idioma y sin traductora automática.

Key tenía la boca abierta de par en par.

— Jana Croy't-7 es la traducción más aproximada a tu idioma — añadió ella —. Pero este es un detalle sin importancia.

— Sí, claro... — Key no había salido aún de su asombro.

— Lester, tú sabías que yo me alojaba en casa del doctor Barr — siguió Jana.

— ¡Mujer, qué cosas tienes!

— Por lo visto, hay para ti cosas que te merecen más aprecio que yo.

Key salió de detrás de su mesa.

— Jana, tienes que dejar que te explique...—pidió apresuradamente.

— Explicarme, ¿qué? ¿ El olvido que tuviste ayer? — dijo ella con sarcasmo, a la vez que sacaba la mano derecha de detrás de su espalda—. ¿Esta caja, por ejemplo?

El investigador estaba aturdido.

— He venido a devolvértela en persona — manifestó la joven—. Pero te la daré en ciertas condiciones de funcionamiento.

¡CRASH!

La caja se abatió con fuerza sobre el cráneo de Key, de cuyos labios brotó un aullido. Jana repitió el golpe y Key se desplomó al suelo, consciente, aunque muy disminuido mentalmente.

Jana lanzó la caja al suelo y taconeó un poco por encima de ella.

— Ésas son las condiciones en que te devuelvo la caja — exclamó, furiosa—. Ah, y el doctor Barr sigue vivo todavía.

Jana se dirigió hacia la puerta. Key se sentó en el suelo, tocándose con la mano los dos hermosos chichones que los golpes habían hecho aparecer en su cabeza.

Desde la puerta, Jana se volvió y le miró fríamente.

— Tu emisora de vibraciones planas pudo haber tenido éxito, de no haber sido porque interfirió el funcionamiento de mi traductora — dijo—. Me avergüenzo de haberte conocido, Key... y si vuelves a intentar algo contra nosotros...

Key se levantó torpemente. Jana llevó su mano derecha al cinturón en que llevaba la traductora y tocó un botón apenas visible.

Un rayo de luz vivísima brotó de la hebilla y golpeó el cuerpo de Key, lanzándolo contra la pared opuesta. El investigador lanzó un aullido de dolor.

— Todavía tengo armas más potentes — amenazó la joven, un segundo antes de cerrar con tremendo portazo.

Betty, la secretaria, dirigió una temerosa mirada a la colérica visitante.

— Abandone a su jefe, muchacha — aconsejó Jana—. Es un asesino.

Betty estaba muda de asombro y no encontró palabras con las cuales responder a la acusación de Jana.

Cuando la joven llegó a su alojamiento, se encontró a Barr

enfrascado en una extraña labor.

* * *

Barr estaba en la sala, casi a oscuras, sentado frente a una pantalla de proyecciones, en la que se veían reflejados unos planos. Al lado derecho tenía una mesa, y provisto de lápiz y cuartillas, trazaba algunas anotaciones de cuando en cuando.

— ¡Dan! ¿Qué estás haciendo? — inquirió ella, asombrada.

— Hice una visita a un conocido — respondió Barr, sin quitar la vista de la pantalla—. Él no podía saber, claro está, que yo llevaba una microcámara.

— Y has tomado fotografías...

— De los planos de la casa de Ivdor y del sótano donde tiene montada su planta generatriz.

Jana se sentó a su lado.

— Eres muy astuto, Dan — sonrió.

— Hay que aguzar el ingenio — respondió él—.

Cuando los medios ordinarios fracasan, es preciso buscar otros procedimientos que den los resultados apetecidos.

— ¿Podrás conseguirlo?

— Al menos, lo intentaré... ¿Has estado con Key?

— Sí, y ha resultado muy divertido. Le rompí en la cabeza el emisor de vibraciones planas.

Barr se estremeció.

— Estaba conectado, pero no en funcionamiento — dijo—. Sólo emitía las ondas necesarias para que su posición fuese captada por quienes lo iban a accionar.

— Entiendo. ¿ Habríamos llegado a morir, Dan?

— Indudablemente. Son vibraciones que se emiten en ondas planas que se desplazan en zigzag, algo así como esas colecciones de postales con vistas de una ciudad o un monumento pintoresco. Naturalmente, el número de las vibraciones puede aumentarse gradualmente, hasta llegar a varios miles por segundo. Entonces, golpean a las personas como si fuesen objetos sólidos. Un solo golpe apenas produciría daño; la acumulación de infinidad de golpes resulta destructora para el organismo humano.

— Ahora lo comprendo perfectamente. De todas formas, yo sólo le di dos golpes, aunque no me marché sin darle su propina.

— ¿Qué propina, Jana?

— Una radiodescarga de electricidad luminosa y ondas de choque. Quedará escarmentado, créeme.

— ¡Hum! Esa clase de tipos no suelen rendirse tan fácil como

crees — objetó Barr—. Entran en juego muchos intereses y el dinero no cuenta. Y puesto que Key piensa ganar mucho dinero, no resulta aventurado imaginar que luchará hasta el final.

— Estaremos al tanto — prometió ella —. Pero, dime, ¿qué pretendes con esos planos?

— De momento estoy haciendo cálculos para llegar hasta la planta generatriz — respondió él.

— ¿Cómo piensas conseguirlo, Dan?

— No hay más que una solución, muchacha: una perforadora subterránea.

CAPÍTULO XII

Lester Key cerró el contacto. Tenía el semblante contraído y sus ojos brillaban con furia.

— Estamos a punto de perder la recompensa — dijo—. Pero ¿qué clase de tipos son ustedes? ¿Tan difícil era quitar de en medio a esa pareja?

— Escuche, señor Key — dijo Reillis—, la plano vibradora quedó bien colocada. Abrimos la puerta sin que se enterasen y cuando salimos, seguían durmiendo.

— Podían habernos visto — añadió Thooney —. Le dijimos que dispararíamos el artefacto a cierta distancia y usted se mostró de acuerdo con la idea.

Key asintió con un gruñido.

— Pero están vivos — rezongó.

— No sé cómo descubrieron el aparato — dijo Reillis—. Ahora bien, cuando un medio falla, se puede emplear otro más seguro.

— ¿ Por ejemplo?

— Fusil telescópico y silenciador.

— No me gusta la sangre — gruñó Key.

Reillis se encogió de hombros.

— Entonces, perderemos la recompensa — dijo. Pero la cifra de un millón seguía martilleando obsesivamente en el cerebro de Key.

— De acuerdo — cedió al fin—. Aunque me disgusta mucho que ella haya de morir.

— Creo que no hay otro remedio, jefe — manifestó

Thooney.

Key suspiró.

— No, no lo hay — convino—. ¿Cómo y cuándo?

— preguntó a continuación.

— Tendremos que estudiar el terreno — respondió Reillis.

—¿Veinticuatro horas? — sugirió Key.

— No será necesario más tiempo — aseguró Thooney.

— Está bien. Luego nos ocuparemos del profesor Ivdor.

— Sí, pero, ¿cómo pasaremos por encima de esa maldita valla? — preguntó Reillis.

— Hay una solución — dijo Key—. Un helicóptero

— Ivdor tiene un rifle y tira como un demonio — se estremeció Thooney, al recordar los disparos que les había hecho el colérico profesor.

— ¿Qué me decís de un par de granadas de gases narcóticos?

— No es mala idea — aprobó Reillis—. Lanzadas oportunamente, inutilizarán al profesor desde el primer momento.

— Yo me preocuparé del helicóptero y de las granadas de gas — dijo Key—. Mañana, a estas horas, si Barr y la chica están fuera de juego, asaltaremos la casa del profesor.

— Mañana mismo estaremos allí — afirmó Thooney.

* * *

Barr hizo dos consultas por medio del videófono. Cada una de las respuestas recibidas le causó una profunda decepción.

— Mi cuenta en el banco es casi ridícula — dijo—. Vivo bien, pero todavía soy demasiado joven para haber ahorrado la suma que me exigen por la perforadora.

— ¿Cuánto te piden, Dan? — preguntó la joven.

— Doscientos ochenta mil. Ten en cuenta que es el último modelo de perforadora, con autonomía para cuarenta y ocho horas y cabina estanca y habitable.

— ¿Qué dinero tienes en el banco?

— Apenas dieciocho mil.

Jana se mordió los labios.

— Dan — dijo al cabo de unos momentos —, ¿ me permitirías solucionar ese problema?

— Jana, no irás a decirme que te enviaron a la Tierra con provisión de fondos — exclamó él.

— Por supuesto, vine sin dinero. Pero puedo arreglarlo.

— ¿Cómo? — preguntó Barr, muy intrigado.

— ¿Tienes ahí un billete de banco?

— Algunos, desde luego.

Barr sacó varios billetes de distintas denominaciones. Jana eligió dos, uno de cien y otro de veinticinco.

— Con éstos tendré más que suficiente — aseguró—. Supongo que el vendedor de perforadoras admitirá contante.

— Y hasta nos hará un descuento si le pagamos al contado. Pero yo no acabo de comprender cómo...

Jana le dirigió una hechicera sonrisa.

— Puedo utilizar tu coche, supongo — le interrumpió.

— ¿Quieres que te acompañe? — sugirió Barr.

— No, quédate aquí y continúa estudiando el camino mejor para llegar a la planta generatriz. Tardaré tres o cuatro horas, de modo que no te preocupes por mí.

— Temo a Key y sus esbirros, Jana.

— Ahora ya estamos sobre aviso. No temas, insisto.

Jana se dirigió a su habitación para cambiarse de ropa. Antes de salir, sin embargo, dejó algo sobre su mesilla de noche.

— Será mejor estar prevenidos — murmuró.

* * *

Barr había terminado ya sus cálculos y se paseaba nerviosamente por la estancia. De cuando en cuando, consultaba el reloj.

— Está esperando a alguien — dijo Thooney, apostado, con Reillis, tras una ventana del edificio frontero.

Reillis contemplaba al joven con sus prismáticos.

— Yo creo que le podríamos liquidar a él ahora mismo — dijo —. A la chica, en todo caso, cuando llegue.

— Bueno.

Thooney preparó el fusil. La mira telescópica era de gran potencia y situaba el blanco colocado a unos cien metros de distancia como si se hallase a cinco o seis solamente.

Reillis seguía utilizando los prismáticos. Thooney tomó puntería con todo cuidado. Barr se detuvo de pronto para consultar el reloj una vez más.

El índice de Thooney presionó el gatillo. Salió la bala y rompió el cristal.

Barr oyó el ruido de rotura del cristal y, acto seguido, un golpecito casi a sus pies. Bajó la vista, vio un pedacito de metal en el suelo y lo recogió maquinalmente.

— ¡Rayos! —juró Reillis—. La bala no le ha tocado siquiera.

Thooney lanzó una sonora maldición, mucho más que el estampido de su fusil, imperceptible a cuatro pasos de distancia.

Disparó de nuevo. Barr continuó en pie, pero se dio cuenta de que estaban tiroteándole y saltó en busca de refugio.

Los dos sujetos se contemplaron atónitos.

— ¡Ese hombre es indestructible! —exclamó Thooney.

Reillis hizo un chiste sangriento:

— ¿Has apretado el gatillo con la debida fuerza? — preguntó—. Quizá la bala tenía poco impulso...

— ¡Vete al diablo!

Thooney revisó su fusil. Las balas, de media pulgada de calibre,

parecían en perfecto estado.

— Hay cosas que no comprendo — murmuró —. Esa pareja se protegen de un modo misterioso...

— ¡Mírala, ahora llega ella! — exclamó Reillis súbitamente.

Jana acababa de apearse del vehículo. Thooney tomó puntería precipitadamente, pero la joven entró en la casa antes de que pudiera asegurar el tiro.

— Espera a que llegue al piso — indicó Reillis —. Probaremos otra vez.

Thooney le entregó el fusil con gesto malhumorado.

— Prueba tú — masculló.

Jana llamó a la puerta. Barr abrió con verdadera ansia.

— ¡Al fin! —exclamó.

Ella sonreía.

— ¿Pensabas que no iba a volver? — dijo, a la vez que le tendía la bolsa que llevaba en la mano derecha—. Toma, ahí tienes el dinero.

Barr la contempló estupefacto.

— ¿De... de dónde lo has sacado? — preguntó.

lana se acercó a un espejo y se ahuecó el pelo con coquetería.

— Lo he reproducido — contestó.

— ¿Qué? — gritó Barr, estupefacto.

— Ya lo has oído. En el equipo de mi nave tengo un aparato que me permite reproducir exactamente cualquier objeto.

Barr se sentó desmayadamente en un diván.

— Pero... eso es ile... ilegal...

Jana se volvió hacia él.

— Dan, se trata de salvar a tu planeta — alegó—. Los medios no importan mucho, creo yo.

— Es falsificación de moneda...

— Empleada con un buen fin. No robamos a nadie ni perjudicamos al gobierno, salvo en una ínfima cantidad. En el peor de los casos, ¿te importarían unos años de cárcel a cambio de la salvación de la Tierra?

— Supongo que no, claro.

— Entonces, no lo dudes más. Ahora mismo vamos a casa del vendedor y le compramos la mejor de las perforadoras.

— Un momento — exclamó él—. La numeración de los billetes...

Jana sonrió.

— Es un problema resuelto — contestó—. ¿Vanaos?

Un cristal se rompió de súbito. Algo cayó al suelo.

— Ah, ya lo había olvidado. Me están tiroteando, pero no sé

cómo, las balas caen al suelo apenas atraviesan el cristal.

Jana lanzó una argentina carcajada.

— Razón tenía yo cuando aislé el interior del departamento. ¿Has visto quién es el que te dispara?

— Creo que es desde la casa de enfrente, pero no sé más. Al segundo disparo, me escondí y casi en seguida has llegado tú.

Jana se aproximó a la ventana. Ciego de rabia, Reillis hizo fuego de nuevo, sin conseguir su objetivo.

— ¿Qué es eso, Dan? — preguntó ella, extrañada.

— No lo entiendo, no lo entiendo — bramó—. Esa chica tenía que estar muerta...

Un delgado hilo de luz partió de la ventana donde estaba situada la joven. El fusil se puso incandescente casi en el acto.

Reillis lanzó un chillido de espanto y soltó el arma.

— Yo me largo de aquí — gritó, aterrado.

Thooney no se quedó a la zaga. Ninguno de los dos comprendía lo que estaba sucediendo, pero ambos pensaban simultáneamente que tal vez Barr y la chica tenían poderes mágicos que les inmunizaban contra sus disparos.

Momentos después, un coche se despegaba de la acera a toda velocidad. Jana y Barr vieron la huid» de los dos esbirros de Key.

— Ahora ya podemos irnos tranquilos de aquí. — dijo ella.

— Sí, pero... ¿qué era lo que detenía las balas? — preguntó Barr, estupefacto.

— Una barrera de espacio alternante — contestó Jana.

— ¿ Cómo?

— Digamos que a medio metro de la ventana había una pared, invisible, por supuesto, formada por un pequeño sector de espacio de otra dimensión al normal de la Tierra. Esa pared tiene apenas medio centímetro de grosor, pero en su interior las dimensiones son distintas. Si el emisor tuviese más potencia, la pared sería muchísimo más gruesa, pero se podrían producir fenómenos perturbadores nada beneficiosos en este lugar.

— Es decir la bala no puede traspasar ese sector de espacio...

— Sí, lo traspasa, pero pierde toda su potencia de impulsión. A ti te daría una sacudida nada agradable si quisieras atravesarla — explicó Jana—. Pero creo que debemos irnos ya, ¿no te parece?

Barr recogió la bolsa.

— Espero que todo salga bien — deseó fervientemente en el momento de cruzar la puerta.

CAPÍTULO XIII

— De modo que han comprado una perforadora

— Ultimo modelo, jefe — puntualizó Reillis.

— Empiezo a comprender sus propósitos. Piensan entrar en casa del profesor, atravesando la valla electrificada por debajo — añadió Thooney.

— Bueno, pero a mí me parece demasiado trabajo. Podían alquilar un helicóptero... y con ese maldito protector de las balas, llegar hasta la casa de Ivdor serla un juego de niños.

— A mí me parece que han comprado la perforadora para algo más complicado que cruzar la valla — dijo Reillis —. Ahora bien, cuando se metan en el subsuelo, lo habrán hecho dejando una abertura del diámetro del trépano.

— Eso es de cajón — rezongó Key en tono malhumorado.

— Bueno, unos cuantos cartuchos de explosivo hundirían el túnel. Como me imagino que perforarán en línea recta, bastará esperar a que asome la punta del trépano para destrozarla con otra carga

— Y harás saltar la casa del profesor por los aires, estúpido.

— Nada de eso, jefe. ¿Cree que ellos van a aparecer por el suelo del salón? Además, no se necesitará más que medio cartucho. El trépano es muy delicado y bastará con desequilibrar su eje, para inutilizarlo por completo.

Key entornó los ojos.

— No me parece mala idea — aprobó al fin —. ¿Cuándo empezamos?

— Se fueron después de anochecer. Podemos ir allí sin prisas. La perforadora no corre tanto como un automóvil — contestó Reillis.

— Sí, eso es cierto — convino Key —. ¿ Dónde están los explosivos?

Thooney sonrió.

— Sabíamos que aceptaría, jefe — dijo—. Ya tenemos todo preparado.

— Y ahora no fallaremos — aseguró Reillis. Señaló el videófono —. Llame a Harris y dígale que ya puede ir preparando la «pasta».

— Prefiero decírselo cuando hayamos terminado — contestó Key —. Bien, vámonos ya.

* * *

Delante de la cabina, el trépano giraba a gran velocidad, refrigerado por una potente corriente de aire, generada por la misma máquina.

La cabina estaba completamente aislada del ruido y del polvo. Sentado ante el puesto del conductor, Barr consultaba continuamente el plano que había trazado previamente.

Habían pasado ya varias horas. Barr calculaba que estaban a muy poca distancia de su objetivo.

— ¿Adonde va a parar la tierra que extrae la máquina?— preguntó Jana.

— Detrás de nosotros hay una empacadora. El trépano tiene también una trituradora, que reduce el mineral a finísimo polvo. La empacadora lo recoge y lo comprime en grandes ladrillos. Nosotros no k necesitamos, pero cuando la perforadora se usa en minería, se le acopla una cinta transportadora que extrae los bloques de mineral y los envía al exterior.

Barr consultó el indicador de avance.

— Hemos ganado ya ciento setenta metros — dijo.

— ¿Por qué empezaste tan lejos? — quiso saber ella.

— Me pareció lo más prudente. No quise que Ivdor pudiera vernos.

— Entonces, nos quedan aún cien metros.

— Cinco horas, por lo menos — calculó Barr —. Hay una cesta con bocadillos y bebidas — indicó.

La cabina, aunque ajustada enteramente a la función de la máquina, era lo suficientemente amplia para moverse sin dificultad. Mientras la gigantesca barrena funcionaba sin cesar, ellos repararon sus fuerzas.

Transcurrió otra hora más.

Barr consultó su reloj.

— Pronto amanecerá — dijo.

— ¿Recuerdas a qué hora se produjo la catástrofe?— preguntó Jana.

— Estaba durmiendo cuando sucedió. Debió de ocurrir entre nueve y diez de la mañana. Ten en cuenta que yo apenas si noté nada, hasta que regresé a la ciudad y me encontré con aquel enorme cementerio.

Jana asintió pensativamente.

— Tenemos unas cuatro horas de tiempo — dijo.
— Será suficiente. Bastará con evitar que el profesor maneje su maldito artefacto.
Allá, a lo lejos, se oyó un profundo trueno.
Las paredes del túnel trepidaron. Barr paró el trépano.
— ¿Qué ha sido eso? — preguntó ella, alarmada.
El polvo que quedaba en suspensión se fue posando paulatinamente. Barr encendió un par de reflectores orientados hacia la parte trasera del aparato y conectó un pequeño periscopio.
La imagen captada le hizo sufrir un fuerte sobresalto.
— ¡Han volado el túnel con explosivos! —dijo.

* * *

El suelo tembló al producirse la explosión y una espesa nube de humo y polvo brotó por la abertura del túnel momentos más tarde.
Key contempló satisfecho la polvareda.
— Esos dos han quedado fuera de combate — dijo—. Frankie, ¿a qué distancia colocaste los explosivos?
— A unos cincuenta o sesenta metros de la boca de acceso al túnel — respondió Thooney—. Ellos estaban a poco más de cien, pero no me atreví a acercarme más, por temor a ser visto.
— Has hecho bien — aprobó Key —. Ahora, aunque quisieran salir por aquí, ya no podrían. ¿ Tienes listo el medio cartucho para cuando asome el trépano?
— Sí, señor, pero ¿cómo sabremos...?
— Cuando hayamos «tomado» la casa del profesor, instalaré un pequeño sismógrafo que he traído en el helicóptero. Sus indicaciones nos dirán, de un modo absolutamente preciso, el punto por donde emergerá la punta del trépano.
Thooney y Reillis contemplaron a su jefe con admiración.
— Piensa usted en todo — dijo Reillis.
Key sonrió con expresión ufana.
— Muchachos, ser espía industrial es algo que no está al alcance de cualquiera — contestó—. Bien, al helicóptero. Las bombas de gas deben estar a punto.
— Sí, señor — contestó Thooney.
Momentos después, en la grisácea claridad del amanecer, el aparato se elevó a suficiente altura como para franquear la valla radioelectrificada sin peligro alguno. Luego, el propio Key, que era el piloto, inició el descenso con suavidad.
De pronto, un hombre salió a la puerta de la casa.
— ¡El profesor! —gritó—. Las bombas, rápido.

Ivdor elevó su rifle, pero apenas si tuvo tiempo de

hacer un inofensivo disparo. Dos oscuros huevos de metal cayeron de las alturas y explotaron sordamente cerca de la entrada.

Una espesa humareda brotó inmediatamente de las bombas. Ivdor quiso buscar refugio en el interior de su casa, pero parte del gas había penetrado ya en sus pulmones y vaciló, antes de poder cerrar la puerta.

Segundos más tarde, yacía sin conocimiento en el umbral. Key manejó el aparato con gran suavidad hasta posarlo en tierra.

Los tres hombres saltaron al suelo en el acto.

Thooney llevaba en las manos el sismógrafo. Reillis era portador de una cámara fotográfica y una bolsa con los repuestos, así como numerosos rollos de película virgen.

— ¿Dormirá mucho, jefe? — preguntó Thooney, refiriéndose al científico.

— Dos o tres horas — contestó Key—. Lo suficiente para que registremos la casa a fondo y tomemos fotografías de cuanto pueda interesamos. Frankie, ven conmigo; te enseñaré dónde vamos a instalar el sismógrafo. Crain, deja los trastos a un lado y coloca al profesor en un sitio donde esté cómodo.

— Sí, señor.

Un cuarto de hora más tarde, el sismógrafo estaba instalado en la pequeña explanada posterior de la casa. Key juzgaba que Barr y Jana surgirían por aquel lugar.

El aparato entró en funcionamiento. Su aguja osciló con suavidad. Por la intensidad de sus movimientos, Key calculó la distancia a que se hallaba la perforadora.

— Tres horas — supuso—. Frankie, vigila el aparato sin cesar. Crain y yo nos encargaremos del resto.

— Bien, jefe.

Key y Reillis buscaron la entrada al cobertizo. Cuando la puerta de hierro se deslizó a un lado, el espectáculo que se ofreció a sus ojos les hizo abrir la boca, mudos de asombro.

— ¡Cielos!—dijo Reillis, cuando, al fin, se hubo recobrado de la impresión recibida—. ¿Y éste aparato es el que tanto interés tiene para Harris?

— Muchacho, si conseguimos los planos y Harris puede hacer que sus ingenieros construyan unos cuantos iguales, el ilustre Brandon W. Harris se convertirá, en cuestión de energía, en el hombre más poderoso de la Tierra — contestó Key con rotundo énfasis.

* * *

— El avance es muy lento—se quejó Jana—. ¿No podrías acelerar la velocidad de rotación?

Barr hizo un gesto de duda.

— Tendríamos que luchar con un inconveniente — contestó—. La empacadora debería ser desconectada.

— Dan, no nos interesa hacer ladrillos de polvo compacto.

— Y luego está el problema de la refrigeración...

— ¡Arriba tenemos uno mayor! ¡Acelera, Dan, acelera! — pidió Jana con voz llena de angustia.

Barr se decidió a jugarse el todo por el todo. Desconectó la empacadora y aumentó el número de revoluciones del trépano. Montada sobre unas sólidas orugas, la perforadora avanzó con mayor rapidez.

Pese a la climatización, la temperatura aumentó en el interior de la cabina. Las corrientes de aire eran insuficientes para despejar la inmensa polvareda que despedía el trépano, girando a miles de revoluciones por minuto.

— Tengo que reducir un poco la velocidad, mal que nos pese — dijo Barr al cabo de unos minutos—. La dejaré en un cincuenta por ciento superior a lo normal; no puedo hacer más. El túnel está cegado por la parte posterior y el aire no se renueva.

Jana comprendió las razones del joven y asintió en silencio. Su cara estaba ya brillante por el sudor.

Barr no quiso decir nada, pero, interiormente, sentía miedo. «Si el trépano se rompiese ahora, quedaríamos sepultados vivos», pensó, con un escalofrío de pavor.

Lenta, pero incesantemente, la máquina fue ganando terreno. Dos horas después de la explosión, Barr juzgó que ya había llegado el momento de emerger a la superficie.

El eje motriz de la barrena se inclinó ligeramente hacia arriba. A los quince o veinte metros, Barr aumentó la inclinación, hasta que la máquina entera avanzó por una pendiente de unos veinte grados.

— Antes de treinta minutos habremos salido al exterior — vaticinó, moderadamente seguro de su triunfo.

CAPÍTULO XIV

La aguja del sismógrafo osciló con rapidísimas alternativas. Thooney lanzó un agudo grito:

— ¡Jefe, ya están a punto de salir!

Key y Reillis acudieron a la carrera.

— La dinamita — pidió Key.

Reillis le entregó el cartucho, debidamente preparado. Key contempló un instante el tambor del sismógrafo y sonrió satisfecho.

— Van a asomar justamente por el sitio que he predicho — anunció.

Seguido de sus dos compinches, se acercó al porche trasero. El suelo vibraba ligeramente.

Un minuto más tarde, a unos veinte metros de distancia, asomó una aguja fina y brillante. Key esperó todavía unos segundos más.

La punta del trépano, girando a miles de revoluciones por minuto, asomó medio metro.

— Ahora, jefe — exclamó Thooney.

El cartucho de dinamita, certeramente lanzado, voló hacia la barrena. Entonces ocurrió algo inesperado.

El explosivo cayó justamente sobre el trépano. Pero la misma velocidad de giro lo despidió a gran altura, haciéndolo estallar a unos treinta metros sobre la casa.

El estallido rompió todos los cristales. Key y sus compinches, aturdidos, estuvieron a punto de caer al suelo, sacudidos por la onda expansiva.

La máquina seguía funcionando con normalidad. Rehecho, Key dio una orden:

— ¡Las pistolas! En cuanto asomen, fuego sobre ellos, ¿estamos?

Dos pistolas surgieron en las manos de Thooney y de Reillis. El trépano continuaba girando. Asomó totalmente y, a los pocos segundos, la cabina se hizo visible.

— Preparados, muchachos — dijo Key.

La perforadora emergió al fin. Unas escobillas automáticas limpiaron los vidrios de la cabina.

Key abrió la boca para dar la orden de fuego. Pero en el mismo

instante, sonó un disparo y Reillis se desplomó, aullando horriblemente.

— Dije que haría fuego sin previo aviso contra el primero que invadiera mi casa — sonó la colérica voz de Ivdor—. Levanten las manos o seguiré disparando.

Key lanzó una horrible maldición, pero obedeció. Thooney, al ver la suerte que había corrido su compañero, le imitó en el acto.

Barr y Jana saltaron de la cabina y se precipitaron hacia la casa.

— ¡Profesor! —gritó el joven—. ¡Tiene que escucharme! ¡Es muy importante!

Ivdor le miró furioso.

— ¿Usted también, doctor Barr?

El joven extendió una mano en actitud suplicante.

— Escúcheme, profesor, por lo que más quiera. Tiene que detener su máquina; es preciso que revise sus mecanismos a fondo. Hágalo o se producirá una espantosa catástrofe — vaticinó, angustiado.

— ¿También usted actúa por cuenta de Harris? — contestó Ivdor despectivamente.

— Profesor, yo represento en estos momentos a la Humanidad, amenazada de extinción casi total. No haga funcionar su máquina, se lo ruego.

— Escúcheme usted — gritó Ivdor descompuesto—. Todos ustedes deben escucharme. Yo no soy ambicioso, no he construido mi máquina para ganar dinero. Es un aparato que beneficiará a todos, altos y bajos, pobres y ricos. A todos, ¿me oyen?

— Está loco — farfulló Key.

Ivdor le apuntó con el rifle.

— Una palabra más y será la última que pronuncie— amenazó —. En cuanto a usted, doctor, y a usted, señorita, no admitiré ninguna de sus objeciones. Repito que lo he hecho para beneficio de todo el mundo.

— Bueno, pero, ¿en qué diablos consiste su aparato?— preguntó Barr.

— Un generador total de fuerza y energía radiantes — contestó Ivdor con orgullo.

— ¿Cómo? — respingó Barr.

— Así, como lo oye. Cuando mi máquina entre en funcionamiento allá arriba, su capacidad de recepción, transformación y reemisión de la energía solar, será infinitamente superior a cuantos satélites de energía radiante orbitan ahora en tomo a la Tierra. Todo el mundo podrá disponer gratuitamente...

¿me oyen?, gratuitamente, de cuanta energía lo desee, sin otro requisito que conectar su receptor de esa misma energía, ya sea para la casa, para una fábrica o para su vehículo. En la esfera central, cada faceta irradiará decenas de miles de canales de energía, cada uno de los cuales podrá servir a cientos o a miles de personas y de receptores. Y todo esto no le costará un céntimo a nadie. ¿Me comprenden ahora?

Barr se sentía anonadado.

— Entonces ...por eso Harris... — balbució.

— Sí — confirmó Ivdor—, por eso Harris quería apoderarse de mi aparato, para crear un monopolio no ya en favor de su empresa, sino en favor de sí mismo. Y esto es algo que no estoy dispuesto a consentir por nada del mundo.

— Pero, profesor, se sabe que su máquina va a producir una tremenda catástrofe — alegó Barr desesperado.

Ivdor le dirigió una mirada de desprecio.

— Hay algo que no puedo tolerar y es la envidia — dijo—. Vamos, caminen todos delante de mí. Van a presenciar el despegue de mi máquina. El propulsor antigravitatorio que le entregué, de funcionamiento automático, la colocará en la órbita calculada del antemano.

Barr se llevó las manos a la cabeza.

— ¡Un propulsor antigravitatorio! — se horrorizó.

— Sí, ¿qué ocurre? No iba a enviarla al espacio con un anticuado cohete de combustión química — contestó Ivdor—. Andando o dispararé — insistió.

Bajo la amenaza del rifle, los cuatro se vieron constreñidos a obedecer. Llegaron a la puerta del cobertizo y el profesor les hizo situarse a un lado.

— Escuche un instante, profesor; si no me engaño, la combinación de su máquina y el propulsor antigravitatorio, producirá ondas planovibratorias de altísima frecuencia, capaces de derribar los más altos edificios. A medida que la máquina vaya girando en su órbita, las destrucciones se irán produciendo y, en doce horas, habrán muerto casi seis mil millones de personas — dijo Barr, en su último intento de evitar la catástrofe.

Ivdor volvió a sonreír desdeñosamente.

— ¿Cree que conseguirá engañarme con sus absurdas mentiras? ¡Miren y graben en sus retinas una imagen que no olvidarán jamás! —exclamó—. Y usted, Key, vuelva y dígale a Harris que antes de una semana estará pidiendo limosna.

La mano izquierda del profesor se apoyó en una palanca durante

un segundo. Barr, frenético, se arrojó sobre él, pero el rifle escupió un fogonazo y la bala lo derribó sin conocimiento al suelo.

— Dije que no admitiría obstáculos — rugió Ivdor, mientras Jana se arrodillaba junto a Barr.

La palanca bajó. El techo se abrió en dos mitades, mientras la máquina subía lentamente.

Ivdor contempló su obra con sonrisa beatífica. Abstraído, no se dio cuenta de que olvidaba a Key y a su sicario.

Key hizo una señal disimulada a Thooney. Los dos hombres, aprovechándose de la distracción de Ivdor, se escabulleron de aquel lugar.

— Vámonos — susurró Key —. A fin de cuentas, hemos fotografiado todos los planos y apuntes del profesor.

Corrieron hacia el helicóptero. La máquina estaba ya a unos cincuenta metros del suelo.

Key puso en marcha el aparato. Luego sacó su pistola.

— Volaré lo más cerca posible de ese maldito aparato —anunció—. Son perfectos, pero su misma perfección los hace sumamente delicados. Unos cuantos tiros, aunque llegue a su órbita, bastarán para inutilizarlo.

Thooney sonrió satisfecho.

— Comprendo — dijo.

Y se preparó para atacar a tiros a la máquina.

Abajo, Jana vio que Barr estaba solamente herido, aunque no de gravedad.

— Tengo que curar a este hombre, profesor — anunció.

Ivdor se encogió de hombros.

— Ya no me importa lo que pueda sucederle — contestó con indiferencia, mientras, estático, contemplaba la ascensión de su máquina, que refulgía cegadoramente bajo los rayos del sol.

Astuto, Key aguardó un poco todavía. Los ecos de los disparos de Thooney llegaron al suelo muy débilmente.

* * *

Sentado sobre la hierba, con la espalda contra un árbol, Barr tomó el vaso que le ofrecía la muchacha y bebió un par de sorbos.

— Reconforta mucho — dijo.

— Es una medicina nuestra — explicó ella, sentada sobre sus talones—. En un par de días te pondrá como nuevo.

— He estado mucho rato inconsciente — dijo él.

— Casi diez horas. Pronto será de noche.

Hubo un momento de silencio. Luego, Barr miró a lo lejos,

esforzándose por ver entre la creciente oscuridad.

— ¿Qué ha pasado, Jana?

— No hemos podido evitarlo. La catástrofe se ha producido. Key y su acólito dispararon unos cuantos tiros contra la máquina. Presumo que esto aumentó más todavía sus efectos destructores.

— ¿El profesor?

— Se quedó en su casa. Oí un gran estruendo. En menos de diez segundos, el edificio se convirtió en un montón de ruinas. He podido captar una imagen de televisión, antes de que suspendieran las emisiones. La ciudad es ya un montón de ruinas.

— Jana, ¿en qué época estamos? — pregunto él.

— Todavía en el veintitrés de mayo de mil novecientos noventa y seis. Cuando estés mejor, iremos a la época en que nos encontramos.

El joven guardó unos instantes de silencio. Luego dijo:

— Jana, cuando se produjo la catástrofe, yo dormía. Me pasa eso a veces en el campo; la misma tranquilidad me hace dormir hasta muy avanzada la mañana. Pero entonces yo no resulté herido ni vi a Ivdor ni conocía a Key...

— En cierto modo, se trata de una paradoja temporal. Tú has reconstruido tu línea del tiempo a partir del momento en que iniciamos el viaje en mi nave hacia atrás. Te han pasado cosas que no te sucedieron entonces por esa misma paradoja; y los encuentros con otras personas se produjeron en la misma forma que tú ya conoces, pero fuera también de su línea habitual. Los que viven, como el inspector Vince, no recordarán nada, porque a ellos no les afectó el viaje en el tiempo. Y los que murieron...

Barr asintió.

— Entiendo — dijo.

Jana agachó la cabeza.

— Yo también fui demasiado optimista — confesó —. Creí que podría evitar la Gran Destrucción, pero me equivoqué. El tiempo no da nunca marcha atrás, aunque así nos lo parezca a nosotros. Somos nosotros los que nos desplazamos a través del tiempo. ¿Comprendes?

— Sí, Jana. Me pregunto por qué haría Ivdor una cosa semejante, si no quería el dinero.

— Algunos prefieren la gloria al dinero, Dan.

— Es cierto. — Barr suspiró—. De modo que tendremos que volver a la época de post-destrucción...

Jana sonrió.

— Y luchar con las hormigas gigantes, alterados sus genes tal

vez por las ondas planovibratorias — contestó—. Pero temo que la misma potencia de mutación acabe por matar a los ejemplares gigantes.

— Autodestrucción.

— Sí. Sus organismos no podrán acomodarse a su actual tamaño y morirán rápidamente.

Ya era de noche. En algún lugar, pensó Barr, morían las personas por millones.

— Jana, tu misión en la Tierra ha acabado — dijo, tras una larga pausa—. ¿Te volverás a Dritnr?

Ella sonrió extrañamente.

— Cuando estemos en la nave lo sabrás — respondió.

* * *

Jana se colocó su casquete y emitió un mensaje:

> *De acuerdo con su orden de operaciones sobre misión exploratoria en sector citado en la misma, juzgo conveniente quedarme por largo tiempo ayudando a la reconstrucción del planeta. Tal vez mi permanencia se haga definitiva, por considerarlo segunda etapa de mi misión. Solicito autorización para ejecutar dicha segunda etapa.*

La respuesta llegó minutos más tarde:

> *Autorización concedida. ¡Buena suerte!*

* * *

Avanzaban asidos de la mano, cuando varios hombres, encabezados por Ruiz y Vince, salieron a su encuentro.

Los ojos de Vince brillaron de alegría. Ruiz sonreía anchamente.

— Vienen a quedarse con nosotros, doctor — dijo el primero.

— Sí — contestó Barr.

— Sí — repitió Jana.

El comisario extendió la mano hacia los recién llegados.

— Bien venidos a Esperanza — dijo.

F I N

OTROS TÍTULOS PUBLICADOS DEL MISMO AUTOR

EL TRANSFUNDIDOR, en Ciencia Ficción, 99.

ERAN CUATRO RATAS, en Hazañas Bélicas, 737.

PLEITO A UN PLANETA, en Ciencia Ficción, 97.

CLAVE PARA LA VENGANZA, en Hazañas Bélicas, 734.

Próximo título:

VENDEDOR DE HOMBRES

por

LOUIS G. MILK

Con aquella máquina podía conseguirse todo lo que se deseara. Era el aparato más perfecto jamás construido, y podía proporcionar grandes beneficios a la humanidad...

Pero una mente retorcida ideó algo diabólico...

Últimos títulos publicados
en la Colección
CIENCIA FICCIÓN

95. —CHANTAJE A LA TIERRA.
96. — POLICÍA DEL ESPACIO
97. — PLEITO A UN PLANETA
98. —SEÍSMO CÓSMICO
99. — EL TRANSFUNDIDOR
100. —EL TIEMPO NO VUELVE ATRÁS